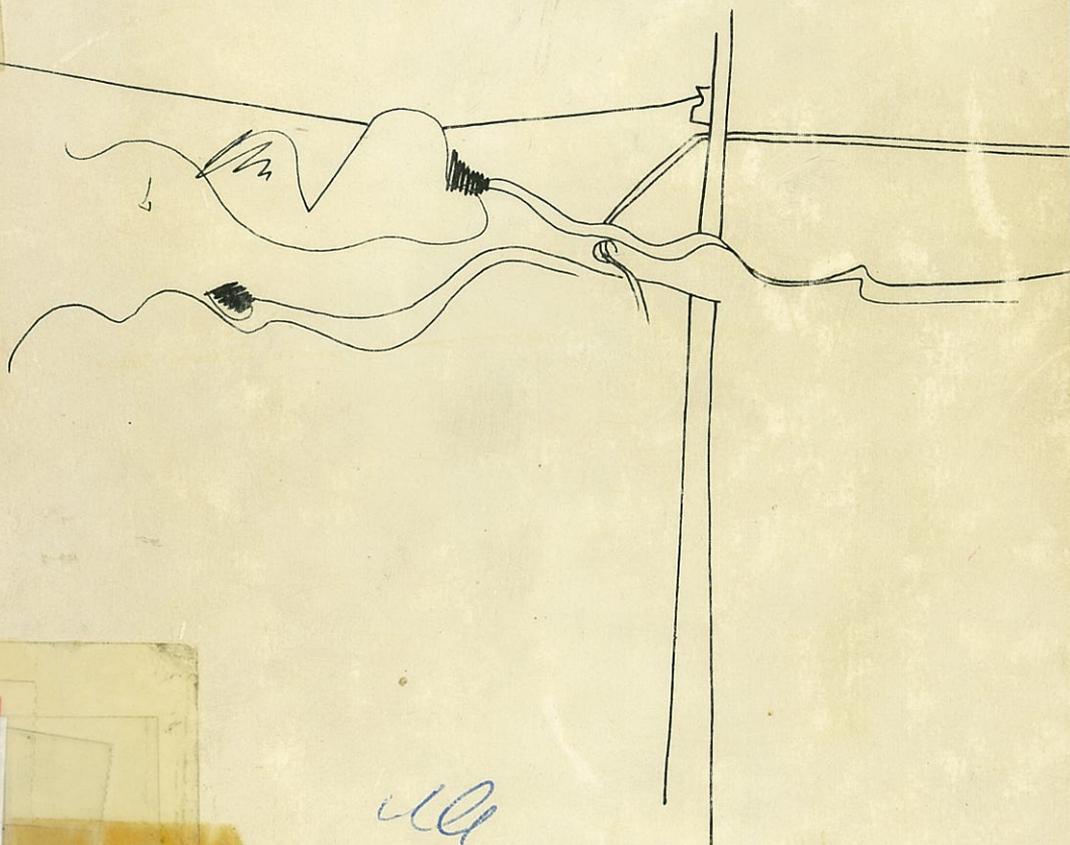


CUENTOS DE BRUJA DE FUERTEVENTURA



ll
DOMINGO BÁEZ

Nº Rqto: 774



CUENTOS DE BRUJA DE FUERTEVENTURA



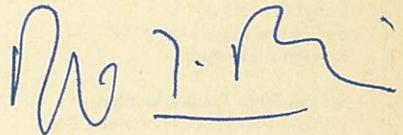
DOMINGO BAEZ

CUENTOS DE BRUJA DE FUERTEVENTURA

Un 4 de Agosto de 2006, 25 años después, cuando por casualidad vine a hacer unas fotocopias, me encontré con este librito casi olvidado.

Gracias a la amabilidad del Centro Bibliotecario volú e tenerlo en mis manos.

Espero que algún día vuelva a salir.

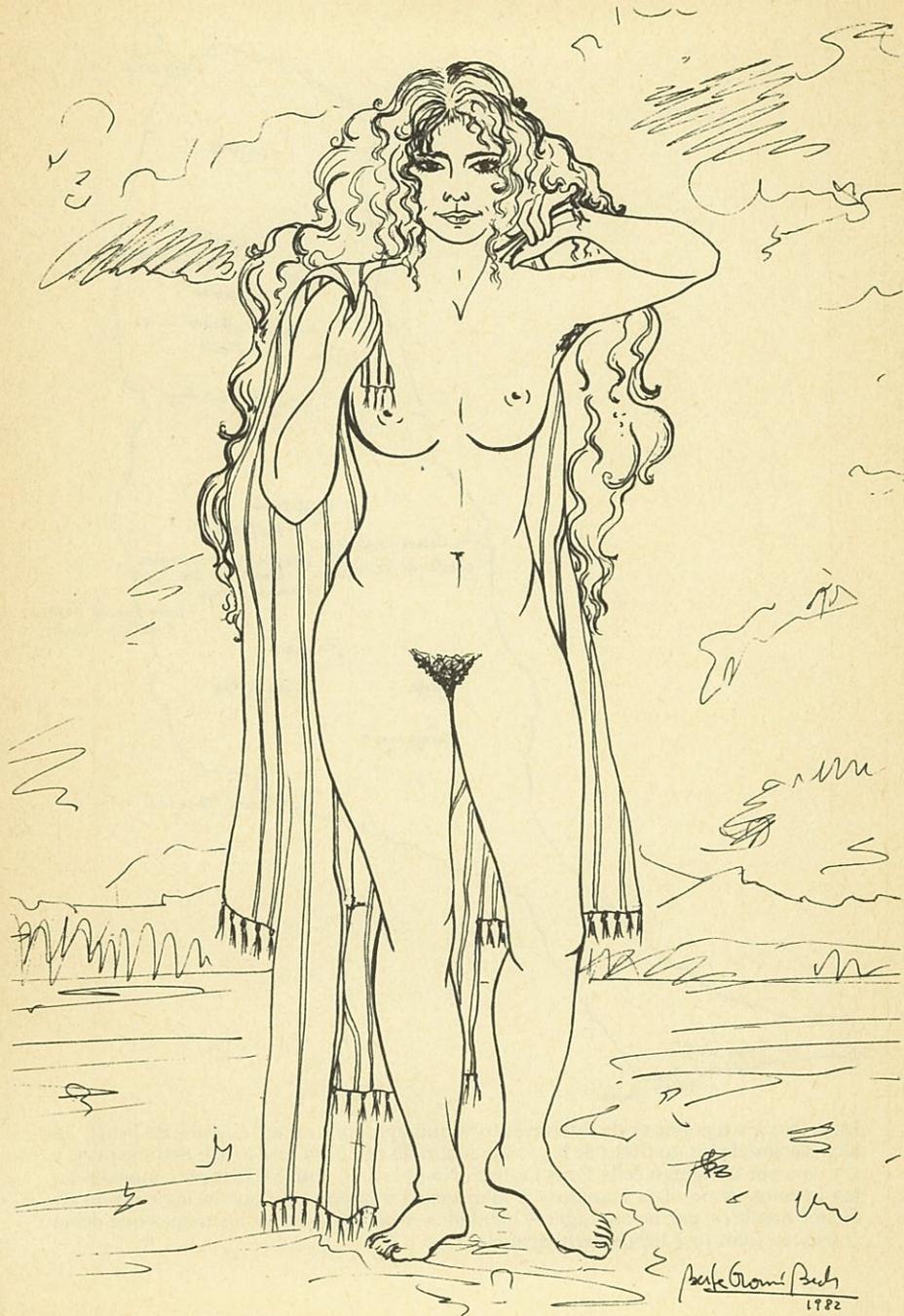


A Fuerteventura

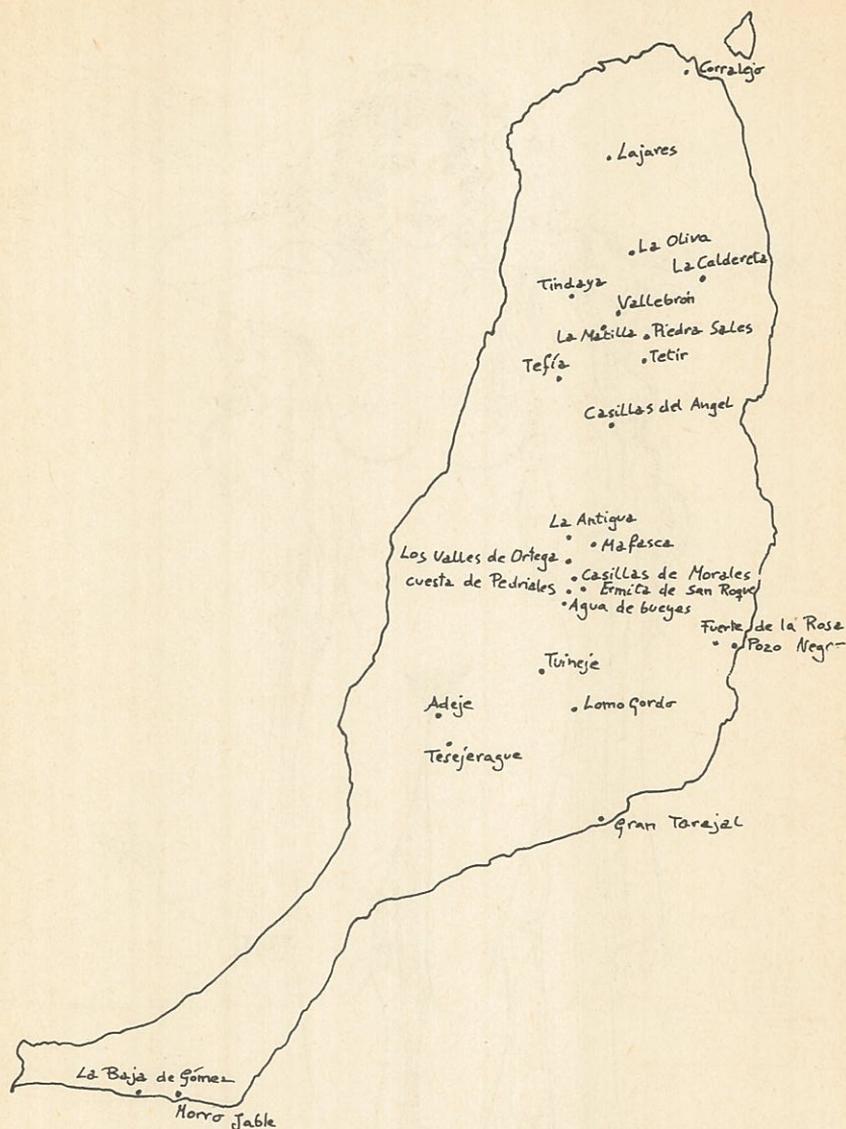


Editado por el Cabildo Insular de Fuerteventura
Colección TARO
Cuadernos majorerros, n.º 2
Sección I: Literatura

© Domingo T. Báez Montero
Portada y dibujo: Berta Oromi Bach
ISBN: 84-300-8448-7
Depósito legal: S. 9-1983
Printed in Spain
Gráficas Ortega, S.A.
Polígono El Montalvo. Salamanca, 1983



Pierle Geronzi Paris
1982



Estos son los topónimos de Fuerteventura que aparecen en los cuentos de bruja. La localización de los nombres de lugar fue realizada por Juan José Felipe Bethencourt, y el mapa por mi amigo Félix Pons Chordá. No aparecen aquí los lugares conocidos en los cuentos como «Los Llanillos» y «Pinarejo»; imagino que por la imprecisión de dichos nombres, por no ser lugares habitados, y por no estar en los mapas que debió consultar Juan José Felipe Bethencourt.

¿Qué noble motivo tienes ahora, anciano,
para dejar familia, hacienda, amigos
y regresar, sumiso y complaciente,
al corazón silvestre de los días?

¿Qué voz amaste más que a tu propia voz triste,
que a tu propia voz dura cubierta hoy por el limo,
nadando entre las aguas esquivas de la muerte,
esa noche hermosísima y terrible del hombre?

¿Qué flor augusta y negra te creció entre los huesos
y arrojó a tu memoria sus venenos oscuros?
¿De qué árbol de invierno tu frágil labio sólo
mordió la pulpa fría de su fruto engañoso?

Acaso concluida tu labor fugitiva
sentiste la furtiva tentación del olvido
y dejaste pasar tu cuerpo a la gran Nada
libre de vida ya y anochecido.

Manuel Almeida

INTRODUCCIÓN

Una vez, explicando los géneros literarios, hablaba del cuento y de las diferencias que hay entre el cuento popular y el literario.

Habiendo notado, algo evidente, que una de las mayores dificultades que tenían mis alumnos era la expresión escrita correcta, y que había una enorme diferencia entre lo que hablaban y lo que escribían; para que vieran que el escribir bien no era difícil, que no era nada complicado, ni feo, el escribir como hablaban, el escribir naturalmente, les mandé una redacción: que me contaran un cuento, pero un cuento tal y como se lo contaría su abuelo. Que le preguntaran a la persona más vieja de su familia, y que lo que esa persona les contara intentaran transcribirlo y copiarlo reflejando lo más exactamente que pudieran su forma de hablar.

Les pedí, para que el cuento fuera realmente popular, que fuera un cuento en el que hubiera elementos maravillosos.

Y mi sorpresa fue gratisima, porque me encontré con unos cuentos de brujas, casi todos eran de brujas, perfectos, populares, bonitos.

Hablé de ello con Paco Navarro, ese hombre providencial, caótico —para mí es una virtud—, que lleva un montón de tiempo viviendo en Fuerteventura y que lo ha tocado casi todo, sin darle tiempo, por perfeccionista, a no acabar casi nada —aunque últimamente estemos viendo los frutos, y qué frutos, de su enorme y esencial trabajo—. Y Paco Navarro me dijo que él, hacía tiempo, había mandado a unos alumnos que hicieran un trabajo sobre los cuentos de brujas, que él tenía lo que ellos habían recogido, que me los pasaría para que los leyera y trabajara sobre ellos —generosidad científica no muy corriente en estos países, donde parece que el saber es avaro, y en donde no interesa dar ni prestar su trabajo a los otros para que no se aprovechen de lo que uno ha hecho, donde uno tiene por costumbre el no colaborar, el ocultar las fuentes, aun en cosas como estas que no son patrimonio de nadie sino del pueblo de Fuerteventura, que es el que las ha hecho—.

Por eso yo con estos cuentos, que ni he recopilado, lo único que he intentado hacer ha sido darles forma, la forma que considero más adecuada para que parezcan más amenos y resulten legibles, respetando en lo posible el estilo oral y, aun cuando mis fuentes sean escritas y mi trabajo haya sido esencialmente literario, poniendo especial hincapié en conservar la sintaxis simplísima y la densidad de cada uno de los cuentos, en los que no hay nada supérfluo. Nada de lo que se dice en ellos sobra y todo tiene una razón de ser, y una explicación, dentro de la estructura del cuento.

Lo único que he hecho ha sido sacar a la luz algo que está latente y vivo todavía, pero que siento que se pierde, que se está perdiendo o transformando de forma definitiva. Y entonces quiero dejar constancia escrita de lo que pasaba en otro tiempo, en otro momento, no para anclarnos en el pasado, sino para echar raíces, para saber de dónde viene uno, qué ha mamado; para que el majorero, y el que no lo es, se expliquen. Y luego para que vean los caminos, yo ahora los siento poéticos, por los que han marchado la imaginación y el sueño de muchas personas durante mucho tiempo.

Lo que pretendo también, yo que no soy de aquí, ni de ninguna parte, es marcar las pautas de un trabajo que tiene que hacerse con cariño, con sensibilidad, y sin patrioterismo barato.

Y que se hace no, por supuesto, a la ligera, sino trabajando y estudiando.

Porque los reales autores de este librito son casi todos mis alumnos de 2.º A y de COU del curso 1980-81 de Gran Tarajal, y Antonio Márquez, Carmen Gil, Luis León, Manuel Fleitas Perdomo y todas las personas que saben los cuentos, que los contaron, que los transmitieron.

Lo que hice yo, lo que intenté hacer, fue darles forma siguiendo mi gusto personal y el criterio que me procuraron algunas lecturas, alguna forma de entender el fenómeno literario, la imaginación, la comunicación, la historia con minúscula, las gentes.

Mi propósito era escribir a continuación —y lo tengo escrito— un elogio del abuelo, del viejo; pero me salió muy largo y muy rollero. Me encontré, además, con estos dos preciosos poemas de un buen amigo de La Aldea de San Nicolás, Manuel Almeida, que suplían con creces lo que yo quería decir, y decidí que el libro empezara y terminara con ellos.

Sólo quiero decirle a los viejos, con todo mi respeto, con toda mi admiración, que les pido que hablen, que cuenten, que pierdan el miedo y digan sus cosas más íntimas sin recelo, sin temor, sin el convencimiento de que no valen para nada, de que son pasado; porque yo digo todo lo contrario: son muy valiosas, muy profundas, muy bonitas, muy divertidas, muy naturales, muy ecológicas.

Y es que no queremos perder lazos, ni raíces. Porque creo que lo que se necesita en todos los sitios, en Canarias, en Fuerteventura más aún, es hacer historia humana del pescador, del labrador, del cabrero. Y hasta ahora, creo, los que se han dedicado a eso sólo han contado la superficie, pero no los sueños, ni los cuentos, ni la vida profunda de esa gente ya vieja hoy, que alimentó su niñez con los sueños de sus abuelos, y éstos con los sueños de sus otros abuelos.

Por eso les pido, otra vez, que hablen, que lo digan todo antes de que se vayan, sencillamente, sin darle importancia, como han hecho hasta ahora. Que cuenten cómo se enamoraba uno, cómo se buscaban las novias entonces, qué se comía los días de todos los días y los días de fiesta, cómo era una noche con luna y otra sin luna en una isla donde no hubo electricidad hasta hace poco, con qué cuentos se dormían, por qué les gustaba ese pescado más que aquel otro, por qué salían mejores las papas plantadas en el menguante de febrero, por qué tal viento o tal ave anunciaban lluvia, o mala suerte.

Porque yo creo que esta es la verdadera historia, o, al menos, parte de una historia que no suele contarse y que ahora nos interesa a muchos.

Además hay algo que yo, extranjero, veo y percibo a través de estos cuentos. Pienso que aún están por fijar las bases de la canariedad, y que esas claves las tienen todavía los viejos. No hace falta recurrir al guanchismo como vía única, o por lo menos no hace falta buscar en él la panacea universal; ni al panchoguerrismo, que es costumbrismo «folclórico» capitalino. Vayan a los cuentos de brujas, a los aberruntos, a las cabañuelas, a las antiguas formas de vida y de pensar y podrán, creo, descubrirse ahí las claves mentales que hacen del hombre canario un hombre diferente.

CUENTOS

CUENTO TOTAL

EL MARIDO DESCONFIADO (a)

Había una vez un matrimonio. Por la noche, cuando se iban a la cama, él se acostaba, y ella se sentaba en una silla a coser.

Cuando ella veía que el marido se quedaba dormido, sacaba de la cesta de costura un unguento y se untaba bien bien todo el cuerpo. Principalmente los codos, las rodillas, los tobillos, los sobacos y los muslos; y todo.

Cuando terminaba decía: ¡Arriba, arriba. Sin Dios ni Santa María!... y desaparecía.

Como la mujer volvía ya de madrugada, el marido notaba que al acostarse estaba fría. Pero pensaba que se había quedado cosiendo hasta muy tarde.

Empezó a sospechar y se dijo: Esta noche me voy a hacer el dormido para ver qué hace.

Y así lo hizo. Y como siempre él se acostó. Y ella se puso a coser. Y ella lo miró como todas las noches. Y creyó que ya estaba dormido.

Entonces sacó el unguento, hizo lo de siempre, dijo la frase, y voló.

El marido que la estaba mirando se levantó, se untó y dijo: ¡Arriba, arriba. Con Dios y Santa María!

Y se dio tal talemazo en el techo que casi se mata. Volvió a decirlo otra vez y volvió a pasarle lo mismo.

Volvió a recordar bien las palabras que había pronunciado su mujer y dijo: ¡Arriba, arriba. Sin Dios ni Santa María!

Y apareció en un llano donde había muchas brujas bailando.

Vio a su mujer y le preguntó: ¡Oye! ¿qué haces tu aquí? Y la mujer le dijo: ¿Y tú?

El le dijo: Yo quería saber a dónde ibas todas las noches.

Y ella le dijo: ¡Ah sí! Pues por curioso, si quieres salir de aquí ahora tendrás que besarnos el culo a todas, y si no, aquí te quedas.

Y él tuvo que besarle el culo a todas para poder salir de allí.

Y entonces la mujer le dijo: No lo vuelvas a hacer, pero,

Te quiero mucho
más cada año
porque mi amor
se va aumentando
y ya ni el tiempo
puede pararlo.

EL MARIDO DESCONFIADO (b)

Hubo una vez un matrimonio en el que la mujer era bruja.

La mujer salía cada noche a volar después de untarse el cuerpo con un unguento hecho de sesos de burro muerto, machacados y amasados con semen o con sangre menstrual.

Al marido la mujer le daba otro unguento para que no se despertara.

Pero una noche la mujer se olvidó de dárselo y el marido vio cómo ella se untaba con aquella untura y que decía: ¡Arriba, arriba. Sin Dios ni Santa María! Y salía volando desnuda.

El marido intentó hacer lo mismo. Y después de haberse untado dijo: ¡Arriba, arriba. Con Dios y Santa María!

Pero lo único que consiguió fue llegar al techo y darse un fuerte golpe. Repitió varias veces la operación y siempre con el mismo resultado.

Se cuenta que al siguiente día vieron como el marido estaba malherido.

EL MARIDO DESCONFIADO (c)

Había un matrimonio en el que la señora era bruja. El marido estaba desconfiado porque al hacerse de día la encontraba fría.

Entonces se puso a vigilarla y se dio cuenta una noche de que no estaba acostada. Al día siguiente el hombre pensó no dormir.

Cuando ya era noche y la mujer creyó que su marido estaba dormido se fue a los establos donde guardaban la cebada.

Pero el hombre se levantó y la siguió y vio que decía: ¡De villa en villa. Sin Dios y sin la Virgen María!, mientras se daba un líquido por el cuerpo.

Al marcharse ella volando en una escoba, cogió él la untura aquélla, se la dio bien por el cuerpo y dijo: ¡De viga en viga. Con Dios y con la Virgen María!

Y empezó a saltar ese hombre del suelo al techo y del techo al suelo de tal forma que se desarmó todo.

Y yo como estoy contento, aquí acabo mi cuento.

EL MARIDO DESCONFIADO (d)

Cuentan de un matrimonio en que la mujer era bruja. El marido desconfiaba porque al hacerse de día la encontraba fría de pies y manos.

Un día se despertó de madrugada y vio que su mujer iba a acostarse a esa hora. Le preguntó qué hacía levantada tan temprano. Y ella contestó que un gato maullaba y que fue a abrirle la puerta para que saliera a la calle.

Al día siguiente el hombre estaba preocupado. Decidió no dormir esa noche. La mujer pensaba que el marido dormía y se levantó. El marido la siguió hasta los establos. Guardaban allí la cebada y el trigo. Entre unos sacos se escondió él.

La mujer estaba con otra vecina en el centro del establo. Oyó el marido que decían las dos: ¡De villa en villa. Sin Dios ni Santa María! Y luego se daban una untura por el cuerpo. Así hicieron tres veces. Y al acabar salieron volando.

Al quedar solo, el hombre salió de su escondite. Tenía un poco de miedo, pero era decidido. Cogió el líquido aquel. Olía mal. Pero hizo lo mismo que la mujer y la vecina.

Se dio tres veces con el líquido por el cuerpo mientras repetía: ¡De viga en viga. Sin Dios y sin la Virgen María!

Al acabar sintió que subía, pero contra las vigas del techo. Y empezó a saltar del suelo a las vigas del techo y de las vigas del techo al suelo, de modo que cuando acabó estaba más muerto que vivo.

Nunca más intentó repetirlo.

Lo que hizo con la mujer no lo sé. Y como yo estoy contento, aquí se acabó mi cuento.

EL MARIDO DESCONFIADO (e)

Hubo un matrimonio en que la mujer era bruja. Cada noche salía la mujer a volar. El marido desconfiaba porque al hacerse de día la mujer tenía los pies y las manos frías. Y se puso a vigilarla.

Una noche se despertó al amanecer y vio que ella se estaba acostando en ese momento. Le preguntó qué hacía despierta tan temprano. Ella contestó que un gato maullaba y que le fue a abrir la puerta para que saliera a la calle.

Al día siguiente el hombre estaba preocupado. Decidió no dormir. Por la noche, cuando pensó que el marido dormía, la mujer se levantó. La bruja se había olvidado de darle un unguento aquella noche al marido para que durmiera sin despertarse. La mujer se fue al establo y el marido la siguió, y se escondió entre unos sacos.

La mujer estaba con otra vecina en el centro de la habitación. Oyó el marido que decían: ¡Arriba, arriba. Sin Dios ni Santa María! Y luego se daban una untura por el cuerpo. Así hicieron tres veces y al acabar salieron volando desnudas.

Al quedar solo, el hombre salió de su escondite. Tenía miedo, pero era decidido. Cogió el unguento aquel. Olía mal. Estaba hecho de sesos de burro muerto pulverizados y amasados con semen o sangre menstrual.

Pero hizo lo mismo que la vecina y la mujer. Se dio tres veces con el unguento mientras repetía: ¡Arriba, arriba. Con Dios y Santa María.

Al acabar sintió que subía, sí, pero contra el techo. Repitió varias veces la misma operación. Siempre el mismo resultado. Cuando acabó aquello estaba más muerto que vivo. No lo repitió más nunca.

Y yo como estoy contento, aquí acabo mi cuento.

DE VUELOS

LA CHAQUETA SIN MANGA (a)

Una mujer tenía un novio que marchó a América.

Cuando pasó un poco de tiempo éste se hizo un traje en la sastrería más importante de su barrio. Buenos Aires dicen que es bonito. Y salió a dar un paseo un domingo, muy contento con su traje recién estrenado.

De repente vio que la gente se reía y que lo señalaba con el dedo. Se miró el traje. Quedó muy avergonzado porque a la chaqueta le faltaba una manga.

La explicación que se dio es que la novia, que era bruja, fue a Buenos Aires y le quitó la manga para tener un recuerdo. Porque cuando el novio volvió a Fuerteventura su novia se le acercó y le pegó la manga a la chaqueta sin coserla.

LA CHAQUETA SIN MANGA (b)

Cuentan de un matrimonio joven en el que el marido, por motivos de trabajo, tuvo que marcharse a Cuba.

Cuando pasó un tiempo la mujer sintió deseos de estar con su marido y, como era bruja, una noche se fue allá con una amiga.

Y pasó la noche con su marido. Luego se llevó la manga de la chaqueta de un traje nuevo que se había hecho su hombre en La Habana. Dicen que la Habana es muy bonita.

Mientras venían las dos mujeres cantaban:

De Canarias somos,
de Cuba venimos.
No hace media hora
que de allí salimos.

Pasado el tiempo la mujer tuvo un hijo. Cuando su marido regresó, la repudió.

Pero ella le recordó aquella noche en que había estado durmiendo con una mujer y le enseñó la manga de la chaqueta.

Y así se reconciliaron.

UN FAVOR A UNA BRUJA

Yendo un campesino de madrugada hacia Pozo Negro, en la pared del Fuerte de la Rosa, se encontró con una mujer desnuda. Y el hombre, sin mirarla siquiera, le tiró su chaqueta para que se tapara.

Pasó el tiempo y el campesino tuvo que ir a Cuba a trabajar, por falta de dinero y para pagar las drogas que tenía.

Un día en Cuba, cuando iba por la calle, oyó que lo llamaban por su nombre desde una ventana de un piso alto y le decían que subiera.

Se encontró con una señora que le preguntó si la conocía de algo. El hombre contestó que no.

Ella le recordó lo que había pasado y le devolvió la chaqueta, que había conservado. Al mismo tiempo le entregó una gran cantidad de dinero para pagarle el favor que le había hecho, y por no haberla descubierto.

LA MUJER EN LA GAÑANÍA

Un hombre fue de madrugada a la gañanía a echarle de comer a los animales. Y pasó que dentro de un pesebre había una mujer desnuda.

Entonces, educadamente y como hacían los hombres educados de antes, se quitó la chaqueta y se la dio para que se tapara.

Antes en Fuerteventura, cuando había sequía y la gente no tenía nada que darle a los animales, los hombres iban a Canaria a buscar los piensos.

Cuando estaba allá sucedió que conoció a una mujer que entabló amistad con él. Pero a él no le pasó nada por la cabeza.

En una de tantas la mujer lo invitó a casa a comer, y él, muy natural, fue. Y la mujer le preguntó si no se acordaba de cuando vio a una mujer desnuda en la gañanía y él le tiró la chaqueta.

Luego ella le devolvió la chaqueta llena de dinero para comprar paja un montón de años. Por no haberle dicho a nadie lo que había visto.

DICEN QUE RECUPERÓ LA TIERRA

Un día un agricultor se levantó muy temprano para ir al campo, que era tiempo de segar. Y se encontró una mujer desnuda en medio de su campo. Se quitó la chaqueta y se la tiró.

Resultó que ese hombre tenía un problema. Y era que no tenía en su poder los documentos de sus tierras porque se los habían robado. Y tenía que entregarlos para que no le quitaran las tierras.

Cuando se le terminaba el plazo se le acercó una mujer y le dijo que ella tenía esos documentos en su poder, que ella era la mujer que estaba desnuda en el campo y que por haberle tirado la chaqueta y no habérselo dicho a nadie le pagaría ese favor.

Entonces lo citó en un sitio para darle los papeles.
Dicen que recuperó la tierra.

EL MAJORERO. LA CHAQUETA. LA BRUJA

Una mañana, de buena hora, un pastor fue al corral a echar las cabras a la montaña.

Al atravesar la puerta de una casa vieja en la que guardaba la comida de los animales, vio una mujer desnuda.

Se quitó la chaqueta y se la echó por encima. La mujer se quedó allí. El pastor no le dijo nada a nadie porque estaba extrañado. Cuando regresó con el rebaño por la noche ya no estaba la mujer.

Pasó el tiempo.

El hombre tuvo que ir a Las Palmas con un hijo enfermo. Iba caminando por una calle. Desde un balcón una mujer lo llamó. El majorero se extrañó porque él no conocía a nadie de allí. Se sentía como pez fuera del agua. Pero como la mujer insistió,... subió.

La mujer le preguntó qué hacía allí, Y él le explicó por qué había ido.

La mujer le preguntó si tenía dinero. Y él le dijo que unos ahorrillos nada más.

Entonces la mujer le puso dinero en la mano y obligó al majorero a que lo cogiera.

El hombre le preguntó por qué hacía eso. Y ella le contestó que estaba muy agradecida por el favor que le había hecho en Fuerteventura al prestarle la chaqueta, pues se tuvo que quedar allí porque el gallo le cantó.

LAS BRUJAS DE BRASIL

El señor Gumersindo cuenta lo que le ocurrió a un amigo suyo, que era pescador, en Corralejo.

Su amigo, al terminar la faena, como de costumbre, sacaba el barco a tierra. Y una vez en tierra sacaba el agua del barco y ponía la vela al sol para que se secara, guardándola cuando ya estaba seca.

Pero por la mañana siempre le aparecía el barco con agua.

Entonces decidió quedarse una noche en el barco. Se metió dentro y allí se escondió.

Sobre la media noche oyó risas y carcajadas de mujeres, que por lo visto y ocurrido eran brujas. Ellas se subieron en el barco sin enterarse de que él estaba allí.

Enseguida echaron el barco al agua y comenzaron el viaje.

Luego llegarían a tierra. Se bajaron ellas. Y mientras se alejaron un poco, él salió del barco y pudo coger unas matas, unas piedras y arena.

Al momento y con el escándalo de risas ya estaban las brujas en el barco.

Más tarde, y tras haber anclado en otro lugar, regresaron de nuevo a Corralejo.

Todo esto ocurrió durante una noche.

Tras el señor hacer las averiguaciones correspondientes comprobó que la mata que había traído sólo existía en Brasil.

VIAJE FANTÁSTICO DE LA CALDERETA A MORRO JABLE

Don Nemesio de León fue a llevar trigo al molino.

Quería hacer gofio al otro día. Cuando venía de regreso, por la Caldereta, se sentó en un mojón. Aunque se hacía de noche se sentó a descansar.

Cuando se despertó ya había amanecido. No sabía donde estaba. La burra que llevaba había desaparecido.

Vio unas casas. Preguntó qué pueblo era aquel. Le contaron que Morro Jable.

Sobre una montaña vio dos mujeres. Se despedían de él con la mano. Dicen que eran brujas. ¡Vaya usted a saber!

EL CAMELLO EN LA MONTAÑA DE TINDAYA

En cierta ocasión apareció un camello en la cumbre de la montaña de Tindaya.

Resultó ser de una señora que había perdido uno por aquellos días.

Por lo visto el camello no pudo llegar solo hasta arriba. Todo el mundo creía que lo habían puesto las brujas.

DE TRANSFORMACIONES

EL MUERDO EN LA OREJA

Cuando esto pasó todavía no habían coches.

Una gente iba a un baile a La Antigua. Ya de noche.

En el camino encontraron una burra. Y uno de ellos dijo:
Ahora me monto en ella y así llego sin cansarme.

El hombre se montó, pero el animal no quería caminar. Empezó a darle palos y nada, la burra quieta. Al final se le ocurrió morderle la oreja. Y la burra se echó a caminar.

Llegó al baile y mandó la burra a casa.

Cuando entró en el baile el hombre que había montado en la burra, se encontró a su novia y le dijo: ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes la mano en la oreja? Nada, no tengo nada, le respondió la novia. Pues quítate entonces la mano de la oreja. No.

Entonces él se la quitó. Y vio que tenía la oreja mordida.

LA GAVIA Y LAS BURRAS

Un hombre estaba alegando en casa de unos amigos. Cuando se iba oscureciendo dijo que se iba porque aquella noche quería ir al baile.

Por el camino se le apareció una mujer y le dijo: Tú no vas esta noche al baile.

—Verás que voy.

—No irás.

Llega el hombre a la casa. Se lava. Se viste. Y cuando ya era bien de noche sale para el baile.

Al pasar cerca de una gavia ve dos burras comiéndose el millo verde que allí había. El hombre quiso espantarlas y nada, que las burras no salían.

Así estuvo hasta que salió el sol.

El hombre fue a casa del dueño de la gavia de millo y le dijo: Anoche estuve espantando unas burras que había en el millo y no logré sacarlas de allí.

Van los dos a la gavia y el millo no tenía nada.

Cuando a la tardecita volvía a su casa oyó que le dijeron: No te dije que no irías al baile.

Y cuando miró vio a dos mujeres riéndose que le decían: Las dos burras que tanto trabajo te dieron anoche eramos nosotras.

LA TRILLA Y EL BAILE

Unos novios se encontraron un viernes en un camino.

El sábado había baile y quedaron en verse allí.

El joven le dijo a su novia que si terminaba de trillar el trigo que tenía en la era iría más temprano que de costumbre.

Al día siguiente el muchacho se encontró en la era dos burras y se puso a trillar con ellas.

Trilló como nunca.

A media tarde ya había terminado. Se preparó y se fue al baile.

Cuando llegó, ya casi de noche, no encontró a su novia. Ni la encontraría en toda la noche.

Al día siguiente fue a ver a su novia a la casa. Y las encontró a ella y a su madre acostadas en la cama.

Dijo él: ¡Qué negra me pegaste anoche!

Dijo ella: ¡Con la paliza que nos diste a mi madre y a mí, cualquiera iba a un baile!

EL HOMBRE QUE ESTABA CABALGANDO SOBRE SU NOVIA

Un hombre caminaba de noche. Había luna. No se oía ningún ruido. Iba a un baile de taifas que había en una casa perdida en el campo.

Se encontró con una burra y sin pensarlo dos veces se montó en ella y siguió su camino.

Antes de llegar a la casa sintió que algo extraño le pasaba al animal.

Lo miró. Lo contempló. Y se quedó horrorizado al ver que estaba cabalgando sobre su novia.

EL NOVIO Y LA BURRA

Cuentan de un novio de Gran Tarajal que tenía una novia en Tetir. Él iba a verla cada semana.

Cuando salía de casa de la novia, a las doce de la noche, siempre encontraba una burra que estaba esperándolo. Se montaba en ella y la burra lo llevaba hasta la casa.

Así pasaba siempre.

Después de mucho tiempo la novia le dijo que la burra que lo llevaba era ella misma. El no la creía. Ella se lo demostró diciéndole lo que hacía siempre.

Así pues estaba prometido a una bruja.

UN AFEITADO EN EL AIRE

Un hombre de Tuineje iba a afeitarse a Gran Tarajal.

A mitad del camino se encontró con una burra.

Pensó que iría más cómodo y que llegaría más temprano si se montaba en la burra. Y así lo hizo.

Cuando iba llegando a Gran Tarajal la burra empezó a volar.

Y cuando la burra se paró, el hombre, tan tranquilo, se bajó.

Estaba en Tuinaje ya, pelado y afeitado.

LAS BURRAS DE PIEDRA (a)

Dos hombres iban a un baile. Caminando, porque no tenían burro.

El baile era en Lajares. Ellos iban desde la Oliva.

En el camino encontraron dos burras. se montaron en ellas y siguieron el camino. Al llegar a Lajares se quedaron sorprendidos al comprobar que estaban sentados sobre dos piedras.

A lo lejos oían a la vez risas y carcajadas. Se supone que de brujas.

LAS BURRAS DE PIEDRA (b)

De Teñía a Tindaya iban dos muchachos. Anochecía. Eran pobres y no tenían burras. Así que iban caminando.

De repente vieron dos hermosas burras pardas. Les colocaron unas bandas que llevaban en la cintura, porque las burras no tenían aparejos.

Cuando llegaron a Tindaya se dieron cuenta de que estaban sentados sobre un montón de piedras.

Arriba en la montaña se oían risas. Dicen que de brujas.

LA OREJA DEL COCHINO

Erase una vez un matrimonio. La mujer siempre salía por las noches. Y el marido sospechaba de ella.

Una noche el hombre tuvo que salir y vio que un cochino venía detrás suyo. Había notado que cada vez que salía de noche un cochino lo perseguía.

Esa noche el hombre se hartó y empezó a correr detrás de él. Sacó la navaja del bolsillo con intención de matarlo. Pero el cochino se le escapó y sólo le pudo coger una oreja. Se la arrancó de cuajo.

Cuando volvió a su casa, su mujer estaba de espaldas a la puerta. El le contó lo que le había sucedido y cómo le había cortado la oreja a un cochino.

La mujer se volvió. Tenía la cara sangrando. La oreja esa es mía porque yo era el cochino, le dijo.

EL HOMBRE QUE NO CREÍA EN LAS BRUJAS

Una vez un muchacho decía que él no le tenía miedo ni a las brujas ni a las brujerías.

Un día tuvo que ir a Vallebrón. Cuando llegó a la montaña de Piedra Sales se encontró con dos carneros topándose. Pero lo extraño no era esto.

Lo extraño era que los carneros se insultaban y se gritaban el uno al otro.

Y, aunque siempre decía que no tenía miedo, ese día corrió y corrió. Y hasta que no llegó a su casa no descansó con tranquilidad.

EL HOMBRE QUE TENÍA UNA NOVIA BRUJA

Un hombre tenía una novia y se encontró con una cabra.
Fue a ordeñarla y la cabra que no se dejaba.

Y saben ustedes lo que pasó. Pues que de repente se
convirtió en su novia.

BRUJAS / CRISTIANISMO

LA CRUZ. EL CUCHILLO. LA BRUJA (a)

Caminaba un hombre por la noche hacia su casa.

A eso de la hora de las correrías de las brujas oyó un zumbido en el aire. Era una bruja volando.

Hizo una cruz en el suelo. Y clavó un cuchillo en el centro de la cruz.

La bruja desapareció.

LA CRUZ. EL CUCHILLO. LA BRUJA (b)

Un señor venía de regreso a su casa a las doce de la noche, después de haber terminado el trabajo. Esa es la hora de las brujas.

De repente oyó un ruido en el aire semejante al de algo volando. Pensó que se trataba de una bruja.

Temeroso, hizo una cruz en el suelo. Clavó en el centro de la cruz un cuchillo.

Y la bruja desapareció.

LA CRUZ. EL CUCHILLO. LA BRUJA (c)

Un hombre iba caminando a un baile que había en Tindaya.

Ya se iba acercando. Veía la luz y oía la música. Pero seguía avanzando y nunca llegaba.

Empezó a desconfiar de lo que le sucedía. Pensó en hacer una cruz en el suelo.

La hizo. Y clavó en ella una navaja que llevaba.

Entonces se le apareció una bruja. Y le dijo que no la descubriera. Porque en caso de que lo hiciera, lo mataría con la misma navaja que él tenía.

LA CRUZ. EL CUCHILLO. LA BRUJA (d)

Cuenta de una persona que estaba embrujada que, para que la bruja no la dominara, hacía una cruz en el suelo y clavaba un cuchillo en la cruz.

Entonces la bruja se aparecía ante la persona embrujada y le pedía que no la descubriera.

LA CRUZ. EL CUCHILLO. LA BRUJA (e)

Un hombre iba caminando a un baile que había en Tindaya a las doce de la noche, que es la hora de las brujas.

Se acercaba, veía la luz y oía la música. Iba notando que nunca llegaba.

En el aire oyó un ruido semejante al de algo volando.

Empezó a desconfiar de lo que le pasaba. Y pensó que se trataba de una bruja.

Temeroso, le vino la idea de hacer una cruz en el suelo. La hizo. Y clavó una navaja en el centro de la cruz.

Entonces se le apareció la bruja.

El la reconoció y ella le dijo que no la descubriera. En el caso de que lo hiciera ella misma lo mataría con la misma navaja que él tenía.

LAS BRUJAS MENDIGAS

Un hombre me contó que unas mujeres iban pidiendo por las casas comida y dinero.

Estas mujeres llegaron a casa de su bisabuelo y les abrió su mujer. Las dos mendigas dijeron que si les podía dar algo.

Juana tenía buen corazón y les dijo que esperaran, que iba a la cocina a traerles pan y queso.

Pero cuando volvió no vio a nadie. Juana se asomó a la puerta y vio a dos mujeres desnudas volando que gritaban como asustadas y lloraban.

Juana cogió miedo. Cerro la puerta de la casa con llave y sólo abrió cuando el marido llegó.

La impresión fue más grande al darse cuenta de que su marido traía en las manos unas ropas llenas de andrajos y remiendos que dijo haber encontrado junto a la puerta; porque esas eran las ropas de las mujeres.

Eran dos brujas vestidas de mendigas que habían huido al ver en el pasillo una maceta con una planta en la que las ramas tenían forma de cruz.

Desde aquel día en todos los patios de Vallebrón hubieron estas macetas.

Hoy día se ha olvidado esta costumbre porque, según el hombre que me contó la historia, las brujas murieron todas al chocar contra los cables y los postes de la luz.

LAS BRUJAS Y EL SACRISTÁN

Cuentan que unas mujeres entraron en una iglesia.

Ya era tarde y el sacristán estaba esperando a que salieran para cerrar.

Las mujeres no salían. Entonces el sacristán se les acercó y les dijo: Salgan, que he de cerrar.

Ellas le contestaron que si no quitaba lo que había en la pila del agua bendita no podían salir.

Lo que había en la pila era una cruz de pesetas de plata.

Cuando el sacristán las quitó, las mujeres pudieron marcharse.

PRESENCIA DE LAS BRUJAS:
AYUDA, BURLA, MIEDO

LA MUJER PREÑADA

Una mujer, vecina de Tuineje, estaba preñada. Iba a parir ya pronto. Su marido tenía que salir fuera muchas veces por causa del trabajo. Y ella se quedaba sola y lejos del pueblo. Que la casa quedaba lejos.

En uno de los viajes de su marido el parto se le adelantó. Era de noche.

Su hermana, que vivía lejos, estaba cocinando. De repente, en un ventanillo que tenía en la cocina, vio tres sombras que decían: Vete a casa de tu hermana que está pariendo.

Y así oía esa voz una y otra vez.

Entonces ella, al darse cuenta de lo que le decían, salió corriendo de la casa para ir a ayudar a su hermana.

Y al ir corriendo vio cómo le pasaron tres sombras volando en una escoba.

EL COCHE QUE ARDÍA

Dicen que hace tiempo, por la carretera principal, a la altura de Lomo Gordo, venía un coche, de los pocos que entonces había.

Venían caminando dos mujeres y se subieron en él. No habían avanzado dos kilómetros cuando el coche empezó a arder.

Se bajaron. Empezaron a sacudir el motor, que ardía ya del todo. Y, de repente, volvió a quedar como antes de que empezara a echar fuego. Sin más ni más.

Estuvieron alegando un rato asombrados y al final creyeron que lo había apagado una bruja que pasaba siempre por allí; porque habían pasado ya varios casos parecidos en ese mismo lugar.

LA BURLA DE LAS BRUJAS

Estando el señor Domingo Travieso arrancando en Los Llanillos pasaron siete u ocho mujeres, por la noche.

Una de ellas dijo: Vamos a ayudarle a arrancar a este pobre hombre, que parece muy viejo.

Empezaron a arrancar y, al llegar la alborada, el hombre fue a buscar a los animales para que comieran allí.

Estaba contento porque tenía todo arrancado y hecho montones.

¡Qué sorpresa se llevaría el señor Domingo Travieso al volver y ver que el campo estaba igual que hacía una semana, con el trigo crecido!

LOS BAILADORES ENCANTADOS

Un señor cuenta que una vez iban a un baile, de Tindaya a Vallebrón, un grupo de personas.

Iban varias mujeres, pero una quería quedarse y que no fuera ninguno al baile. Lo repitió varias veces por el camino, y, antes de llegar al pueblo, dijo que ella no seguía. Se sentó.

Los demás llegaron al pueblo y oían la música, pero no lograban dar con el lugar donde se celebraba.

Oyendo el sonido de la música, pero sin saber de qué lugar venía, estuvieron toda la noche.

Amaneció el día y decidieron regresar. Por el camino se encontraron con la que la noche anterior no había querido seguir, y creyeron que fue la causante de todo lo que les había pasado.

Tenía que ser bruja.

EL VIAJE DE FALERO

Falero nos cuenta que viniendo una noche de Pozo Negro, al parar en un descansito, oyó un gran baile y una voz que decía: Allí viene Falero. Vamos a preguntarle quién es la que mejor baila. Y como diga que una baila mejor que las otras, le damos una cuerada.

Falero las oyó y, por eso, cuando le preguntaron, contestó: Todas bailan muy bien y yo también. Y empezó a bailar con ellas.

Y cuando se dio cuenta estaba en la puerta de su casa, en Casillas de Morales.

EL ENGAÑO DE LAS BRUJAS

Uno de los centros de brujas era Adeje.

Cuentan que una noche, a eso de las doce, se oyó una parranda con toda clase de instrumentos. Y la parranda organizó un baile en el patio de una casa.

El matrimonio que allí vivía, oía la música desde la cama.

La mujer le decía al marido que se levantara para ver quiénes eran. Pero había algo que se lo impedía.

Luego oyeron que la música se retiraba mientras se oían voces de mujeres que cantaban y reían. Entonces fue cuando el marido pudo levantarse.

Más tarde el hombre oyó un ruido de cencerros que llegaban de donde tenía sus tierras sembradas. Se vistió y fue a ver, pues pensaba que había ganado. Pero cuando llegaba el ruido desaparecía.

Así sucedió varias veces. Cuando llegaba a la puerta de su casa volvía a oír el ruido de las cencerros.

Después de ir y venir varias veces, se dio cuenta de que era un engaño de las brujas.

EL CURA Y LAS BRUJAS

Hubo un cura que no creía en las brujas. Una noche cenó y se acostó temprano, porque al otro día tenía que madrugar.

De repente sintió cómo le tiraban de la sábana. Y se asombró.

Se oyeron risas.

Así se repitió esto varias veces. Entonces pensó que eran brujas y dijo: ¡Jesús, demonio, salgan de aquí que estoy muerto de frío! ¡Ya creo en las brujas, ya creo!

Entonces las brujas salieron y lo dejaron en paz.

Y TAMBIÉN TENGO DIENTITOS

Un hombre iba caminando por el cementerio de Casillas del Angel. Y escuchó el llanto de un niño pequeñito.

Estuvo buscándolo hasta que lo encontró. Estaba envuelto en una sábana.

Desde que lo cogió y lo abrigó se calló. Pero al poco rompió a llorar.

El hombre para consolarlo le dijo: ¡Mi niño chiquitito, qué bonito eres!

Y el niño, que no tenía más de dos o tres meses, le respondió: Y también tengo dientitos.

Y resulta que las paletas que tenía eran como las del diablo.

Entonces el hombre lo tiró y lo estampó contra el suelo.

SOMOS PEQUEÑOS, PERO TENEMOS LAS PALETAS GRANDES Y MORDEMOS

Venía un hombre mayor con su mujer y sus dos hijas del campo. Ya era de noche.

¡Quién sería la puta que abandonó a estos pobres infelices!, dijo al oír llantos de niños pequeños.

Los buscó y apiadándose de ellos los cogió en brazos y les dijo: ¡Pobrecitos!, ¡tan pequeños y abandonados al amparo de la noche!

La sorpresa del hombre fue de las buenas cuando con un fósforo alumbró el rostro de los niños y estos dijeron: Somos pequeños, pero tenemos las paletas grandes y mordemos.

El hombre, al ver aquellas espantosas figuras, se enfureció y las estampó contra el suelo.

Salió de allí con viento fresco. Ya no volvieron a oírse más los llantos.

UNA VEZ IBAN LAS BRUJAS POR EL MUNDO

Una vez iban las brujas por el mundo. Y se citaban con los diablos en un llano.

Las brujas formaban un coro en redondo. Y los diablos les besaban el culo y les metían el rabo.

Un diablo, en vez de meter el rabo, iba preparado con una lezna. Y cuando le llegó su turno metió la lezna y no el rabo.

Y va una bruja y le dice: ¡Vaya bigote más duro que tienes!

EL HOMBRE QUE NO PODÍA SALIR DEL BARRANCO

Un retío mío iba a La Matilla. Y sin saber ni cómo ni por qué se mete en un barranquillo.

Se repelaba las rodillas intentando salir, pero no pudo hacerlo hasta que se hizo de día.

Y todo el rato se oyeron unas risas por la montaña. El juró que eran de brujas; pero yo no lo sé.

LA MUJER QUE AMANECÍA CON CARDENALES

Una señora de unos 60 años cuenta lo que su padre le contó que le había sucedido a la madre de él.

Y era que todas las mañanas, al despertarse, aparecía llena de cardenales y con unos grandes dolores.

Pensaban que era del mal trato que le daban las brujas.

LAS ASADURAS DEL CAMELLO

En Tefía, un día, iba un hombre a trillar. Como en la era no tenía zarandas para zarandar la cebada, fue a un sitio a buscarlas y se le hizo de noche.

Cuando venía de vuelta, se le apareció un camello.

El hombre dijo: ¡Alto!, pero el camello no hizo caso. ¡Alto! Y nada. Desesperado se agachó y cogió una piedra.

Cuando levantó la cabeza allí sólo quedaban las asaduras del camello. Entonces siguió su camino.

Cuando llegó a su casa, en la puerta, se encontró con las mismas asaduras.

El hombre cogió tanto miedo que, una vez dentro, puso detrás de la puerta todos los trastos que encontró.

Y atemorizado empezó a gritar hasta que murió.

LOS GATOS QUE LLAMABAN A LA PUERTA

Una noche, tarde, en una casa de pueblo, llamaron a la puerta.

Vivía sola una mujer. Al sentir que llamaban se levantó y fue a abrir la puerta.

Abrió. Miró bien. No vio nada. Volvió a cerrar.

Unos momentos más tarde volvieron a oírse los golpes. La mujer volvió a levantarse y a abrir la puerta. Y volvió a no ver nada.

Así siguieron llamando varias veces.

Cuando ya se había cansado de ir a la puerta, decidió ir por última vez, y, si no veía nada, ya no se levantaría más.

Al abrir vio dos gatos que estaban peleándose y que entraron dentro. La mujer se asustó, tropezó con los gatos y cayó al suelo.

A consecuencia de la caída se rompió las dos piernas. Y, pasados unos días, murió.

Pero sólo contó lo de los gatos, porque al preguntarle si había visto algo más se quedaba como paralizada y no contestaba.

LA LUZ DE MAFASCA

LA LUZ DE MAFASCA (a)

Una señora vino del extranjero con nombre desconocido. Sólo se la conocía por «Señora». Traía dos criados llamados Juan Gómez y Pedro.

Juan Gómez se fue de pesca a la laja que hoy se llama la Baja de Gómez, en su honor, donde por causas desconocidas cayó al mar y fue devorado por un pez.

Más tarde murió la señora. Y dejó su dinero enterrado, que fue descubierto por dos hombres desconocidos que fueron a caballo. Se sabe por las huellas.

Pedro, al quedarse solo, se dedicó a la calle y se alimentaba de eso.

Un día que se fue de calle se encontró a una dama, y al verse solo, sin compañía femenina y con deseos de ella, quiso forzarla.

La dama le dijo que se detuviese, porque de lo contrario lo convertiría en un águila. Porque la dama decía ser una virgen.

Él no obedeció. y ella, cumpliendo su promesa, lo convirtió en un águila. Lo hizo volar más de 60 kilómetros y fue a caer a la cuesta de Pinarejo.

Allí recobró su forma primitiva.

Al verse con hambre se vio obligado a matar un carnero. Y por falta de leña cogió una cruz que servía de calvario y asó la carne con la cruz.

Luego murió. Y se convirtió en un vellón de carne que andaba por las calles. Y más tarde en una luz llamada la luz Mafasca, que se le aparecía a muchas personas.

LA LUZ Y LOS ESTORNUDOS DEL OVEJO (b)

Dicen que hace siglos llegó un barco a Morro Jable.

Desembarcaron una señora y dos hombres. Y construyeron allí una casa. Todavía quedan las ruinas con el nombre de la casa de la Señora.

Uno de los hombres se llamaba Pedro Darias.

Un día salió de cacería. Y, cuando volvió, se encontró con que había vuelto el barco y se había llevado a la señora y al otro hombre.

Cuando se vio abandonado se echó a andar isla adelante. Y, al sentirse fatigado por el cansancio y el hambre, se metió en una cueva a descansar.

Pasó allí la noche. Se despertó hambriento. Vio pasar un cordero. Le tiró una piedra. Y lo mató.

Después de sacarle la piel fue a buscar leña para asarlo; pero no encontró sino una vieja cruz de madera.

Comió hasta hartarse. Y tanto comió que le dio una indigestión y murió. Fue un castigo de Dios por haber quemado la cruz.

Desde entonces su alma sigue penando. Y esa es la causa de la luz Mafasca y de los estornudos del ovejo que dicen que se oyen en el lugar conocido por la cuesta de Pedriales, Que dicen que viene ese nombre de Pedro Darias.

Por ahí dicen que unos pastores, por Navidad, después de mucho caminar, decidieron comerse un macho.

No encontraron madera. Sólo la cruz de algún muerto detrás de unos matorrales verdosos.

Los pastores dudaban si coger la madera de la cruz o dejarla para el reposo del muerto.

Uno de ellos dijo: Un muerto necesita tanto una cruz como un calvo un peine.

Entre risas y bromas cogieron las dos tablas y las pusieron en un fuego; junto con un bastón que le quitaron en la montaña a un pastor, un viejo sabio que les había predecido algún mal para Navidad.

Nosotros somos pastores ricos, no necesitamos comer cabezas con cuernos, dijo uno de ellos. Y así hicieron, tiraron la cabeza del macho al barranco.

Cuando ya se habían hinchado las barrigas, decidieron echarse una siesta.

Al despertarse, se asustaron de que todo estuviera tan claro. Pero se asustaron más cuando oyeron el belido del macho y vieron su cabeza iluminada dando vueltas alrededor de ellos.

El que había decidido quemar la cruz se volvió pálido de muerte y se quedó tieso en los matorrales.

Los otros corrieron tanto como pudieron. Y llegaron al pueblo donde estaban las parrandas tocando por aquí y por allá.

Entraron en un bar contando lo que les había pasado. Pero la gente no los creía porque pensaban que estaban borrachos.

Un muchacho que bebía como una esponja dijo que él iría a comprobarlo en su moto.

Cuando volvió lo hizo sin la moto, pero más rápido que si hubiera venido en ella.

Contó el muchacho que había visto al pastor tirado en el suelo, carbonizado. Y la cruz intacta en su sitio.

LA LUZ MAFASCA (d)

Una noche unos hombres tenían frío. Estaban buscando madera.

Entonces uno encontró una cruz y dijo: Vamos a quemarla.

La quemaron y se durmieron.

Por la mañana cuando fueron a buscarlos sólo encontraron los esqueletos.

Se les había aparecido la luz Mafasca.

DICEN QUE SI EXISTE O NO

Dicen que si existe o no, señores. Yo no sé si es verdad o mentira. Lo único que sé es que viniendo de Tuineje, por Agua de Bueyes, me encontré un anciano que venía de Casillas de Morales o de los Valles de Ortega, uno de esos dos sitios.

Cuando me iba a dejar, porque desviaba su camino, le pregunté —yo era joven cuando eso—: Diga usted que es un hombre tan mayor, ¿sabe si es cierto que existe la luz de Mafasca?

—¿Dice que si existe? Yo la he visto ahí en el campanario de la ermita de San Roque. —Y continuó— Una vez estábamos en una pela de tunos cuando aquí, en los Valles de Ortega en casa de los Velázquez, vimos una luz.

Un muchacho joven dijo: Vamos a verla de cerca. Y no hubo quien lo quisiera acompañar. Si me dejan ese niño de pecho yo me acerco a ella. Y se lo dejaron.

Dicen que cuando llegó a donde estaba la luz una voz le dijo: Te vale a ti que traes al niño en los brazos, porque si no te convertiría en ceniza y yo me iría a descansar.

LA LUZ Y EL NIÑO

Un hombre no creía en la luz Mafasca.

Una vez apareció una luz en la montaña. El hombre estaba en la cantina.

Los que estaban allí lo desafiaron a que fuera donde estaba la luz.

El hombre no tenía miedo. Pero llevó un niño de pecho como protección.

Cuando llegó donde estaba la luz, la luz le habló en la mente: Si no fuera por esa criatura que llevas en las manos, te dejaría sufriendo aquí y yo me iría a descansar.

El hombre cogió cama para siempre.

LA LUZ Y EL SEÑOR EZEQUIEL

Un buen señor llamado Ezequiel decía que quería que la luz se le apareciera, que él no le tenía miedo.

Y una noche salió de su casa en una yegua. Cuando iba por el camino se le acercó la luz y el señor Ezequiel le dijo a la luz: Si eres alma del otro mundo, pasa de este lado al otro.

Y la luz pasó varias veces.

El buen hombre, lleno de temor, dio espuelas a la yegua en dirección a su casa, seguido por la luz hasta la puerta.

Al entrar en su casa la luz desapareció; pero él murió del gran susto.

Y de ahí al cementerio.

Un día mi padre iba a casa de su novia, que vivía en Tesejerague. Llegó al oscurecer.

Pasó por un morrete donde había la cruz de un hombre que había muerto allí. Muerto por una camella que lo había matado. Mi padre le rezó un padrenuestro y se marchó.

Al llegar a Tesejerague entró en la cantina. Estaban hablando de la luz Mafasca.

Mi padre no creía en ella porque nunca la había visto. Pero tampoco dejaba de creer porque gente que él conocía le había contado cosas sobre la luz.

A la hora ya estaba todo oscuro. Unos viejos conversaban a la puerta de la cantina. Fumaban sus cachimbas.

Uno de ellos le dijo a mi padre: Venga José, ¿no quería ver la luz?

Mi padre se echó a reír. Pero el viejo le señaló una luz para que mi padre la viera.

Y se quedó boquiabierto al ver aquella luz saltando de un lugar a otro hasta llegar a la cruz en que había rezado mi padre el padrenuestro. La luz se paró en el palo derecho de la cruz y poco a poco fue apagándose.

Mi padre se quedó satisfecho. Pero al volver iba con miedo y rezaba para que Dios lo perdonara.

Y PANCHITO QUE NO LO ENCONTRABA

Un tal Pancho Francés fue una noche con una cabra por la montaña, en busca de un baifo.

Y Panchito que no lo encontraba. Lo oía belar al baifo, pero nada. No lo veía.

Y cada vez se alejaba más de la casa.

Ya estaba cansado de caminar. Entonces se sentó, encendió un cigarro, y, cuando ya no le quedaba más que la colilla, lo botó.

Y del cigarro salió una luz que cada vez se hacía más grande.

Y Panchito se asustó. Y con el miedo que tenía se levantó y empezó a caminar. Y después de caminar un rato la cabra se puso a belar. Y entonces oyó el belido del baifo respondiéndole a su madre. Y caminaba. Y cada vez se acercaba más al baifo, pero no lo veía.

Y, llegando a casa, alcanzó a verlo gracias a la luz.

Y la luz todavía lo seguía alumbrando.

Y cuando faltaban doscientos metros para llegar a la casa miró hacia atrás. Y ya no la vio.

Y el hombre todo asombrado se metió en la casa. Y se lo contó a su mujer. Y su mujer le dijo que si no se acordaba de lo que le dijo una vez un vecino sobre la luz Mafasca.

EL HUMILLO Y LA LUZ

Dicen que iban dos hombres al baile. Era de noche. Y al cruzar un morrete para llegar antes al pueblo vieron moverse algo en lo alto.

Eso es una luz mafasca. Que no. Que sí.

Mira. Yo voy a ir a ver qué es.

Cuando está a medio morrete se vuelve patrás todo asustado y dice: Vamos a dar la vuelta.

Y le dieron la vuelta a toda la montaña.

Por la mañana, cuando volvían, en el mismo sitio vieron un humillo moviéndose por el viento.

¡Miren lo que era!

¿Adónde la virtud de tus días juveniles,
anciano, ha ido
ahora que el invierno, puro y terrible, asedia
tu fatigado cuerpo?
¿De qué valieron hijos,
trabajo duro y llanto compartido
con la estimada esposa, si ahora al vano olvido
de los muertos acudes
perdida ya la luz altiva de tu pecho?

Aquellos días ganados
con gozo y noble afán al cruel peso del tiempo
tan lejanos parecen, y amargura infinita
o segada esperanza te coronan la frente.
Así premia la vida a sus almas más nobles,
con engañosos dones fugitivos.

Has cruzado tu río entre sueños y llanto:
descansa, pues, sin tiempo,
en calma abierta, tus fatigados ojos
y tu apagado pecho, y que la niebla cubra
en paz y amor tu más puro silencio.

Manuel Almeida

COMENTARIOS

CARACTERISTICAS DE LOS CUENTOS DE BRUJA DE FUERTEVENTURA

Quería, y quiero, que los cuentos se lean, que su lectura sea amena, divertida, creativa. Y quería y quiero que esto sea un libro de divulgación, no un trabajo de erudito, que no lo soy.

Por eso, mientras mi trabajo iba avanzando, se iba estructurando, veía que el comentario debía ser cada vez menor, para que los cuentos no resultaran pesados, y sobre todo para no despoetizarlos.

Pensé entonces que lo importante debería ser la estructuración del material, y no buscar el cuento definitivo, sin contradicciones ni elementos extraños; de ahí las distintas versiones de cada cuento.

Y decidí que lo que haría sería una pequeña explicación de cada uno de los grupos en que he dividido los cuentos, partiendo de una breve explicación del porqué de los cuentos de bruja de Fuerteventura.

Dividí los 56 cuentos aquí presentes en los siguientes apartados:

Cuento total.

De vuelos.

De transformaciones.

Brujas/Cristianismo.

Presencia de las brujas (Ayuda, burla, miedo).

Mafasca ¹.

Yo no soy demasiado racionalista, pero sí del siglo XX. Yo no creo en las brujas, por eso puedo trabajar en estos cuentos, pero sí en la fuerza de los mitos, de los arquetipos, y en la pervivencia de ciertas formas de cultura muy ancladas y muy arraigadas en el vivir de las gentes,

La luz de Mafasca es cotidiana, y marxistas fariando la han visto. Y aquí no se comen cabezas de animales, baifos por ejemplo, dan asco. Y si ven a una mujer desnuda le tiran la chaqueta. Y a hechos normales desde mi óptica, se les puede dar una explicación que no coincide con lo que yo llamaría lógica. Que un niño cae al agua y se ahoga y no lo encuentran, y

1. Si en alguno de los cuentos hay dos rasgos de los señalados en esta clasificación, los he puesto en uno u otro apartado en función del rasgo que considero más relevante.

ya lo ven caminando por la carretera, por caminos, por montes, piensan que lo ha raptado la legión (García Márquez lo entendería muy bien).

Lo que en otros sitios es anormal y fantástico, aquí es visto y sentido como cotidiano. Y no es un defecto.

Que un hombre muere de una trombosis cerebral y no lo encuentran, y ya piensan que lo han raptado, que lo han envenenado, que una gente se ha vengado, que ha habido un golpe de estado y han empezado por los primeros de la lista. Y aún así a ese hombre le suceden esas cosas el día de San Miguel y se va a morir a la montaña de Tamasite.

Que a otro le dan una paliza, desaparece, y aparece cinco horas después en el pueblo, apaleado, sin un zapato, pero con el calcetín intacto, y ya piensan que debió llegar al pueblo volando. Él mismo declara que alguien que él no sabe decir quién fue le dio más palos que el que le dio la paliza, pero no sabe quién ni puede, por eso, denunciarlo.

Uno de los rasgos más curiosos y más importantes de estos cuentos de brujas mayoreros es la ausencia de opresión. Las brujas tienen enormes poderes, pero no los utilizan para el mal.

Aquí las brujas no son malas ni viejas. Vuelan, se ríen, se transforman, se burlan. Pero nada más. El que no invoquen ni los poderes, ni las «Fuerzas buenas» —Dios, sol, día, etc.— no quiere decir nada. Son igual de poderosos y tan eficaces los medios que ellas utilizan, la prueba...

La bruja aquí, no se dedica al mal, a la perversión, antes al contrario. No hay cuentos en los que actúe deliberadamente con maldad; al que les tira la chaqueta lo recompensan siempre, al que clava la cruz no le hacen nada.

Cuando la mayoría de nosotros, ahora, imaginamos una bruja la vemos fea, vieja y mala. Le damos siempre caracterizaciones negativas. Sin embargo es imposible verlas de esta forma en estos cuentos. Aquí las brujas no son feas, y desde luego no son viejas. Hay brujas novias o recién casadas, ¡qué placer verlas volando desnudas en el caso de que así fuesen!, y desde luego no son malas. Vuelan, pero sin hacerle daño a nadie; transportan a la gente rápidamente, pero sin necesidad de avión; impiden que los hombres vayan a los bailes a pervertirse; avisan a las gentes de que una mujer sola está pariendo; arreglan los coches...

A través de los cuentos percibimos también su vitalidad, el sistema social en que estaban anclados y el momento en que se pararon.

Si estos cuentos estuvieran realmente vivos hoy, habría en Fuerteventura cuentos de brujas que hablarían de tomateros, de coches, de aviones, de barcos con motor. Pero creo que está claro que si no se han olvidado todavía, sí que han perdido su razón de ser.

Los cuentos hablan de establos con cebada y trigo, de cultivos de cereales en Fuerteventura, de barcos de vela, de emigraciones a Buenos Aires o a Cuba.

Si esto no fuera así, no tendría yo la necesidad de intentar pasarlos al papel. Existirían por sí solos.

Como la base social en que se sustentaban ha desaparecido, aunque los rasgos mágicos e ilógicos continúen anclados en los majoreros, hay ya necesidad de contarlos, de escribirlos.

Los únicos cuentos realmente vigentes, y no son de brujas, son los de la luz de Mafasca, por eso los pongo al final de la recopilación; incluso dudé si incluirlos o no. En estos van allí hasta con moto a ver qué pasó.

Hay un cuento que me parece precioso y enormemente significativo para explicar lo que quiero decir, el de «Las brujas mendigas» (31)¹.

Es evidente que los cuentos de brujas son propios de sociedades campesinas en las que ni la industria ni el progreso han entrado, y la entrada de ellos supone su desaparición.

Imagino, y supongo que muchísima más gente pensará lo mismo; que hasta el siglo XX todas las culturas y las lenguas han sido, en un porcentaje muy importante, campesinas; pero las circunstancias han cambiado de manera tan brusca en este siglo que han provocado la ruptura total de cualquier sistema de valores propios de nuestra cultura hasta el siglo XIX, ya que hasta entonces ni las culturas ni los cambios fueron bruscos y permitían la asimilación y la readaptación de las antiguas formas a las nuevas.

En el cuento a que hago referencia pueden observar cómo las brujas desaparecieron al chocar contra los palos de la luz.

1. Los números entre paréntesis indican el número del cuento al que estoy refiriéndome.

Los datos sociológicos que aportan los cuentos, como en cualquier otra leyenda o romance, nos indican no el momento en que se creó el cuento, romance o leyenda, sino el momento en que se pararon; y esto me parece tan válido para la literatura medieval como para cualquier otro tipo de manifestación folclórica.

Estos comentarios no pretenden ser serios, ni históricos, ni rigurosos; son las sugerencias que muchas lecturas atentas me han procurado. Los que quieran analizar datos, o tengan alma de historiadores rigurosos que vayan a los documentos y lo comprueben o lo demuestren, si consta en los documentos. Lo que yo sí sé es que el cuento no falla, que los datos que hay en ellos no son nunca ni gratuitos ni superficiales.

Todos los cuentos siempre se narran como algo pasado, de otro tiempo. Contados por una tercera persona. Nunca la persona a la que le sucedió lo cuenta, y nunca tampoco el cuento está en boca de bruja.

La técnica es también curiosa. Nos mete de lleno en el asunto. Se sabe de entrada que el cuento es de brujas, y con eso la densidad dramática del cuento no disminuye, al contrario; desde el principio sabemos que algo raro va a pasar, algo que escapará a nuestra lógica comprensión.

Otra consideración. Los vuelos, o las transformaciones, son casi siempre considerados como reales. Que el vuelo fuera real, o consecuencia de algún alucinógeno, es otra cosa siempre discutible y de la que se ha tratado abundantemente cuando se han intentado explicar lógicamente los vuelos y los hechos fantásticos.

¿SON PREHISPÁNICOS LOS CUENTOS DE BRUJA MAJOREROS?

El cuento del camello en la montaña de Tindaya (14) me parece de especial interés.

No vuela una bruja, tampoco otra persona, se trata de un camello en este caso, pero de un camello que aparece en la montaña de Tindaya donde, según creencia popular no se podía subir. Si el camello estaba allí era porque las brujas lo habían subido.

Este cuento plantea un interrogante de importancia: ¿Hasta donde se remontan en el tiempo los cuentos de bruja majoreros? ¿Hay rasgos prehistóricos en estos cuentos? ¿Se pueden rastrear?

Yo, de momento, veo dos hipótesis.

Es evidente que los cuentos de brujas están ligados a sociedades matriarcales, que no suelen ser de importación, y que la sociedad hispana que llegó a Canarias era claramente patriarcal y guerrera. Es evidente también que este tipo de cuentos no hubiera podido arraigar con tanta fuerza si no había ya un sustrato, una disposición fuerte para aceptarlos.

Es un hecho, creo, que lo digan los historiadores, que no hay datos seguros sobre la naturaleza y el carácter patriarcal o matriarcal de los primitivos pobladores de las islas Canarias, de Fuerteventura.

Pero hay datos a los que yo me puedo agarrar, por ejemplo:

En Fuerteventura, Torriani dixit, había dos mujeres que eran las que mandaban, Tibiabín y Tamonante, que tenían una fortísima influencia sobre la población indígena y que fueron las que propiciaron la conversión al cristianismo y el acatamiento de los majoreros a los conquistadores normandos.

Este dato, que no es más que una señal sobre la tendencia matriarcal de la primitiva sociedad majorera, nos puede dar una idea de la influencia de las mujeres en la sociedad prehispánica de Fuerteventura.

Todavía hoy a un antropólogo no se le escaparían en esta isla algunos rasgos de evidente cariz matriarcal.

Y hay otra cosa. Un sistema tan perfecto, tan bien asimilado y con tan pocas contradicciones como el que se manifiesta en estos cuentos no se impone así de la noche a la mañana. Yo tengo tendencia a creer que estos cuentos reflejan, aunque muy parcialmente, su estado inicial, y en mejor manera el momento en que se detuvieron. De ese primer estado lo que

vemos es que son propios de sociedades matriarcales y que, posiblemente, la sociedad prehispánica mayorera fuera matriarcal, lo que explicaría la transmisión y su vigencia cultural, por supuesto con la superposición de elementos culturales hispánicos.

Otro detalle. En los cuentos de brujas que aquí se presentan la oposición brujas/cristianismo es mínima; parece un asunto sin importancia, y desde luego estos temas no son los dominantes, a diferencia de las otras historias de brujas que se conservan en España y en Europa.

Sé que los cuentos de brujas son propios de sociedades matriarcales, como la sociedad conquistadora española no lo era y hay datos que nos permiten afirmar que la aborígen podía serlo...

En los cuentos no se perciben datos claros a través de los cuales se pueda deducir su procedencia y el origen, a parte de lo matriarcal ya señalado; pero hay un rasgo, otro, que me permite sugerir esta hipótesis, la del posible origen prehispánico de los cuentos de brujas mayoreros: la aparición del camello en la cima de la montaña de Tindaya.

¡Cuidado!, me dijo Paco Navarro cuando le hablaba de esto en un avión el 5 de Enero de 1982, que el camello no es animal prehispánico. Vale, da lo mismo.

Lo que es innegable en todo cuento es su carácter didáctico y moralizador, el aprendizaje a través de éste, de forma consciente o inconsciente, del sistema social en que la historia o el cuento está enclavado. De la serie del marido desconfiado lo que se deduce claramente es que aunque tu mujer se empeñe en volar y en darse una untura por el cuerpo en ciertas noches, tú no lo debes hacer, porque te darás talegazos contra el techo hasta quedar medio muerto y en el mejor de los casos tendrás que besarle el culo a todas las brujas.

¿Y qué se deduce del camello en la montaña de Tindaya? Pues que no se puede subir allí.

Para los que conozcan la montaña de Tindaya (foto si es posible) no sería demasiado raro explicarles o que ellos comprendan que Tindaya es una montaña especial, mágica, como me lo resulta también la de Tiscamánita en el sur de la isla. Que Tindaya es una montaña perfectamente situada, de piedra, aislada, como inaccesible, y que es evidente que en pueblos primitivos esa montaña, —como el Teide o el Nublo, o el Idaho, o Timanfaya, o el Garajonay—, causó evidente sugestión y asombro.

Que los dioses vivían en las cumbres de las montañas tampoco es difícil de entender. Los dioses griegos vivían en el Olimpo, lo más cerca posible del cielo; hay ermitas o capillas en todas las cumbres o montañas de significa-

ción y forma especial. El cristianismo es religión superpuesta en nuestra cultura occidental.

¿Y que pasa en la montaña de Tindaya? Pues que hasta hace muy poco tiempo nadie subía a ella. Y cuando subieron encontraron petroglifos y vasijas que saquear y destruir.

La prohibición de subir a la montaña que se deduce de el cuento no creo que sea cristiana, sino prehispánica —me parece más correcto decir, y más científico, aunque yo no lo sea, prehispánico que guanche—.

Y lo que sucede que esta prohibición, a través de un cuento como este, mantuvo la vigencia de la interdicción de subir a la cima de esta montaña porque ahí habitaban los dioses. Cuando es evidente que puede acceder a ella perfectamente, y sin necesidad de acrobacias, cualquier burro, humano o no, y cualquier camello, sin ayuda de las brujas.

Son pues estos dos los únicos rasgos prehispánicos que yo percibo en los cuentos de bruja majoreros.

El primero, de caracter general, la estructura matriarcal de la sociedad prehispánica de Fuerteventura, que me parece de especial importancia y que merecería un estudio más serio y riguroso si los cuentos de brujas, y esto parece fuera de toda duda, son propios de sociedades matriarcales. Y si la sociedad hispánica era patriarcal y la sociedad prehispánica no se sabe a ciencia cierta lo que era, pero si tenía y sigue teniendo la actual sociedad majorera componentes matriarcales, el origen de los cuentos de brujas es prehispánico, o guanche, o como se quiera llamar.

El segundo, la prohibición de subir a la cima de la montaña de Tindaya por habitar allí divinidades; idea que ha pervivido cinco siglos gracias a la vigencia del cuento. Si un camello sube a Tindaya no anden dudando: lo subieron las brujas; los hombres ni pueden ni deben subir allá.

No sé nada de las otras islas, ni si estos rasgos son generales en Canarias. Acabo de leer hace pocos días lo de la Señá Lugina para Tenerife y no estoy de acuerdo con la interpretación que da el autor del libro sobre la brujería, ni con la visión negativa que dice que se tiene en Tenerife de las brujas. Cuando comentemos el cuento de «La cruz, el cuchillo y la bruja» nos detendremos a analizar con detalle este libro y las conclusiones de su autor.

Vuelvo a repetir que estas son notas escritas después de muchas lecturas, pero que no pretendo ser riguroso ni exacto, sino lanzar ideas, hipótesis de trabajo, y explicar básicamente a los que no entiendan, o sepan menos que yo, mis dudas y en qué consisten los cuentos de brujas.

CUENTO TOTAL. EL MARIDO DESCONFIADO

La primera serie está formada por las distintas versiones de un mismo cuento: «El marido desconfiado», que es percibido y contado como un cuento humorístico, pero que sin embargo yo considero como total, ya que refleja a la perfección la base a partir de la que se desarrollan todos los cuentos de brujas; que se definen por estos rasgos básicos: mujer, luna, noche, diablo, culo frente a hombre, sol, día, dios, cara.

Rasgos los primeros propios de sociedades matriarcales y los segundos de sociedades patriarcales.

mujer/hombre
noche/día
luna/sol
diablo/dios
culo/cara

En sociedades no tan maniqueas como la nuestra actual, la elección de una de estas opciones no implicaba la negación de la otra, sino que, aun dominando una de esas tendencias, se completaba, y era necesario, con la contraria.

El día necesita de la noche, como lo húmedo de lo seco, el calor del frío, lo dulce de lo amargo, el hombre de la mujer, la mujer del hombre.

Además, cualquier opción comportaba los dos polos inevitables en toda manifestación de cultura popular antigua, el positivo y el negativo. El sol es bueno, pero mucho sol mata. La noche es buena, pero la oscuridad total mata.

En el mundo moderno se ha impuesto la visión patriarcal del mundo, dándole a ésta exclusivamente los valores positivos. Hombre, sol, día, dios, cara son palabras que, sin duda, para cualquiera de ustedes tienen resonancias más positivas que las de bruja, luna, noche, diablo, culo.

Se ha optado por un campo, y a ese campo se le han dado todos los valores positivos; y se ha negado y desprestigiado el otro, y a ese campo se le han cargado, connotado, los elementos negativos.

Por eso hay algo que me parece de excepcional importancia en los cuentos de brujas de Fuerteventura: Y es que no ha habido ni inquisición ni opresión con respecto al cuento de brujas y se mantienen, generalmente, intactos los elementos positivos y negativos propios de una sociedad que era y sigue siendo, creo, matriarcal en muchos aspectos.

Los cuentos de «El marido desconfiado», responden perfectamente al esquema que señalé anteriormente: Sociedad matriarcal/patriarcal. Y a partir de este esquema pueden explicarse todos los cuentos.

De las cinco versiones del mismo cuento que aquí aparecen, y que se complementan las unas con las otras, en cuatro de ellas (2, 3, 4, 5) el cuento queda cortado, se acaba con los golpes del marido contra el techo.

Y este rasgo, que aparentemente carece de importancia, implica entre otras cosas, como pasa en otros cuentos, que el contador desconoce ya los elementos que caracterizan y que explican de forma total el cuento, dejándolo en un cuento divertido, de humor. Y así lo habrán entendido casi todos ustedes, cuando lo que refleja es perfectamente el esquema que acabo de explicar.

mujer/hombre
noche/luna/sol
negación de dios/dios
culo/cara

Porque otros de los aspectos esenciales del cuento popular maravilloso (Propp, Bettelheim) es el aprendizaje consciente o inconsciente del sistema que estos cuentos representan.

El esquema básico de todos los cuentos es siempre el mismo. Lo que cambia son las circunstancias, los acontecimientos. Y son estos datos los que pueden darnos señas particulares, peculiares, sobre el cuento de bruja en Fuerteventura. En todos los cuentos los protagonistas son brujas, o la acción está determinada por ellas.

Brujas mujeres, no hombres, que actúan de noche y no de día, que pueden volar a distintos lugares y de distintas maneras, que se transforman en uno u otro animal.

El primero de los cuentos es muy interesante porque aparecen dos elementos nuevos con respecto a los demás de la serie. La base irónica del cuento la determina la confusión en la fórmula; el decir una fórmula que no corresponde al sistema de las brujas.

Estos dos elementos son:

1. El poder volar no es exclusivo de mujeres, los poderes del ungüento y la fórmula son los mismos, lo que pasa es que los hombres no saben decirla. Cuando el hombre la dice bien vuela y va a donde está su mujer.

2. El otro elemento es la aparición del culo, que completa el sistema anteriormente indicado.

Con un matiz, si los poderes son los mismos, lo que no es posible es la participación de los hombres dentro de este sistema. Lo que es exclusivo de las brujas es la reunión, en la que no puede participar el marido sin ser afrentado.

En los cinco cuentos de la serie «El marido desconfiado» se utilizan estas fórmulas:

1. ¡Arriba, arriba. Sin Dios ni Santa María!
¡Arriba, arriba. Con Dios y Santa María!
2. ¡Arriba, arriba. Sin Dios ni Santa María!
¡Arriba, arriba. Con Dios y Santa María!
3. ¡De villa en villa. Sin Dios y sin la Virgen María!
¡De viga en viga. Con Dios y con la Virgen María!
4. ¡De villa en villa. Sin Dios ni Santa María!
¡De viga en viga. Sin Dios y sin la Virgen María!
5. ¡Arriba, arriba. Sin Dios ni Santa María!
¡Arriba, arriba. Con Dios y Santa María!

Un análisis de las fórmulas indicaría que en tres de los cuentos (1, 2, 5) la fórmula es exactamente igual. La única transformación consiste en el cambio de las preposiciones «con» por «sin» que provocan los efectos negativos en el marido, porque el marido desconoce el sistema.

Otra diferencia, si tanto en 2 como en 5 no se indica adonde va a parar la bruja y el cuento se detiene en los talegazos del marido como consecuencia de la equivocación en la fórmula, en 1, que me parece el cuento más completo de la serie, el marido, al decir la fórmula bien, va a reunirse con su mujer y con otras brujas a uno de sus habituales lugares de reunión, que no se nombra aquí.

En 3 y 4 la fórmula cambia; ya no es «¡Arriba, arriba!», sino «De villa en villa!». Y lo que provoca los golpes del hombre contra el techo es el mal entendimiento de las palabras. «¡De viga en viga!» y los maridos van exactamente donde han deseado ir, incluso en casos como 4, donde el hombre también niega a Dios y a la Virgen, pero solicita ir de viga en viga.

Que este sistema de los cuentos de brujas, aparentemente tan incoherente, se mantenga en país cristiano desde hace 500 años, da una idea de la vitalidad del cuento y de la percepción, aunque sea inconsciente, de este sistema. Sólo una persona, Tomás, el bedel del Instituto, al contarle este cuento, creyó que era al revés, que con Dios se volaba y sin Dios se daba uno los golpes.

Pero ni uno solo de los cuentos recopilados muestra rasgos contradictorios con respecto al sistema aquí indicado, ni en los que son de oposición al cristianismo como veremos en los de la cruz, el cuchillo y la bruja.

También la forma de aplicarse la untura al decir la fórmula cambia de unos cuentos a otros. En unos se dan la untura, dicen la fórmula y vuelan. En otros (4) se untan tres veces, dicen cada vez las palabras, y a la tercera va la vencida.

Es muy interesante la descripción del ungüento que utiliza la bruja para volar: Sesos de burro muerto —no van a ser sesos de burro vivo— y semen o sangre menstrual.

No conocemos personalmente los efectos del mejunge. Pero lo que hay que reseñar es la utilización de los sesos de burro —animal en que suelen transformarse más corrientemente, protagonista de vuelos— y la utilización del semen o sangre menstrual como productos directamente relacionados con la sexualidad y la fecundidad.

Se hace referencia también a la utilización de otro ungüento, el que hace que el marido no se despierte, pero no se indica la composición.

VUELOS

El tema común en todos estos cuentos (6-14) es el vuelo. En los siete primeros son las brujas las que vuelan. En 13 y 14 son vuelos provocados por brujas en una persona o animal.

De «La chaqueta sin manga» (6-7) hay dos versiones, las dos muy interesantes y complementarias la una de la otra.

En las dos, como puede apreciarse, las brujas son jóvenes y en edad de seducir; la una recién casada, la otra novia todavía.

El motivo de su actuación, de su vuelo, es el alejamiento de la persona amada y la decisión de retenerlo. El emigrante ha llegado a Cuba o Buenos Aires, se ha instalado allí y ha empezado a hacer dinero —se hace un traje en la sastrería más importante de su barrio y sale a pasear un domingo—. Y la mujer, que no está dispuesta a perderlo, va para ello a Buenos Aires y se apodera de la manga de la chaqueta. La posesión de la persona a través de la prenda.

En el primero de los cuentos (6) no hay complicaciones posteriores; pero en el segundo (7), a consecuencia de la estancia en Cuba viene la preñez y el consiguiente parto de la mujer, que sólo puede demostrar su inocencia por la posesión de la manga de la chaqueta.

Se perciben además algunos rasgos sociológicos muy interesantes, que indican la fecha y el momento en que se detuvo el cuento. En uno se emigra a Buenos Aires, en el otro a Cuba. Las emigraciones a Argentina fueron anteriores a las cubanas, y acabaron todas a principios de este siglo. Si los cuentos siguieran vivos, las brujas hubieran volado a Venezuela.

Nótese también la presencia de una costumbre, no ley: el repudio.

Otro rasgo destacable es la tendencia de las brujas a no volar solas. En 7, como también pasaba en alguna de las variantes de «El marido desconfiado», interviene una segunda persona que no tiene otra finalidad que la de corroborar algo normal en las brujas, y es que estas no actúan solas, sino en grupo.

«Dicen que las brujas salen de noche y vuelan, y hacen un gran recorrido. Pero allí donde el gallo cante se quedan sin remedio totalmente desnudas».

Los cuentos 8, 9, 10 y 11 tienen como tema común el de la bruja que se ha quedado desnuda mientras volaba por llegarle el día, cantarle el gallo, acabarse la noche.

La bruja pues, se queda desnuda. Y el pastor o el agricultor que se levanta temprano al ver así a una mujer, extrañamente, no se recrea mirándola. Todos tienen la misma actitud, tirarle la chaqueta para que se cubra. Y el hecho de no mirar, tirar la chaqueta, no denunciar, tiene como consecuencia la acción benéfica de la bruja en distintos aspectos.

En uno de los cuentos el campesino tuvo que ir a Cuba a trabajar, en otros a Las Palmas a buscar pienso o médico para su hijo, que no lo había en Fuerteventura, y en otro tiene que recuperar unos papeles para no perder la tierra.

Emigración. Sequía. Deficiencias sanitarias. Propiedad de la tierra basada en la palabra y en la tradición, de forma que cuando apareciera uno más «listo», con papeles, el majorero quedaba indefenso; ¿cómo demostraba él que era suyo lo que era suyo desde siempre, lo que todo el mundo sabía que era suyo?; ¿para qué le hacían falta esos papeles?

Otra vez datos sociológicos que indican el momento en que se paró el cuento y las vicisitudes por las que pasaban, y en muchos casos siguen pasando los habitantes de esta pobre y bellísima isla. No sé si está bien decirlo, no sea que esto se pueble de borregos, pero me parece Fuerteventura la isla más bella, también la más difícil y la más dura.

Y estas brujas no son feas, ni viejas, ni pobres, ni resentidas. Vuelan porque es bonito. ¿A quién no le gustaría volar? El único inconveniente es querer alargar los minutos de placer al máximo.

Recuerdo que una vez, a poco de llegar a Gran Tarajal, oí hablar a una de esas buenas y entrañables personas que por allí andan, de verbo extraordinariamente creativo, —nunca escuché tantas ni tan sugestivas etimologías populares—. Contaba que yendo a trabajar por la mañana a la carretera de Jandía se encontró con una mujer desnuda, y que le tiró la chaqueta. Ni los que estaban allí, ni yo, entendíamos. Y reíamos. Anda Agustín, le decían, no me digas que no te paraste a mirarla, que no le hiciste nada. Y Agustín decía que no, que pensó que tendría frío y le tiró la chaqueta para que se cubriera. Ignoro si él sabe estos cuentos y sus consecuencias, los demás los desconocíamos. Si Agustín no los conoce: pervivencia cultural del subconsciente colectivo.

No les daba miedo a nuestras brujas atravesar el océano (12). Y desde luego no tiraban a Africa. Que preferían y han preferido siempre los canarios Cuba, Argentina, Brasil o Venezuela no es nada difícil de demostrar.

Lo curioso en este caso es el medio que utilizan para volar: el barco del pescador amigo del señor Gumersindo, que se mojaba porque iba y volvía ¿a ras de agua? en una noche de Fuerteventura a Brasil con escala en otro punto del que no se tienen noticias.

Y las brujas eran mujeres y muy risueñas. Y el pescador práctico y de tan aguda inteligencia que le permitió no sólo estar, sino demostrar su estancia en el país de la samba.

Los protagonistas de estos cuentos, como habrán podido ustedes comprobar son agricultores, cabreros, pescadores, no funcionarios, ni policías, ni ingenieros, ni hombres de negocios, ni albañiles, ni gusanos burocráticos.

MAX: Donde yo vivo siempre es un palacio.

EL GUINDILLA: No lo sabía.

MAX: Porque tú, gusano burocrático, no sabes nada. ¡Ni soñar!

(VALLE INCLAN, «Luces de bohemia»).

TRANSFORMACIONES

Esta serie de cuentos tiene como rasgo común la transformación de la bruja en animal.

- burra, en ocho de los once cuentos de esta serie (15-22)
- cochino (23)
- carnero (24)
- cabra (25)

En uno de ellos (20), aparece también el vuelo, pero, como me parece más importante aquélla que éste, he considerado que debería clasificarlo en este apartado.

La transformación en burra es clásica, ya en Roma existía. En Fuerteventura las brujas se transforman en los animales que existían en el país, de preferencia en el más abundante, útil y que permite desplazamientos más rápidos.

Y no es de extrañar. Piensen en la importancia de burros y caballos en sociedades sin coches y sin carreteras. Piensen también que la burra en Fuerteventura era el animal rápido y cómodo por excelencia.

Pueden ustedes reírse ahora, pero escuchen un trozo de una preciosa conversación que grabé en Tiscamanita el 27 de Junio de 1981 entre Marcial Hernández y Marcial López.

MARCIAL LOPEZ.—¿Con cuántos años se casaba la gente en esa época, tío Marcial?

MARCIAL HERMANDEZ.—Según, unos de veinte, otros de 17, otros de 30... Yo me casé de 26.

M. L.—Usted porque era un parrandero.

M. H.—¡De 26 años!

M. L.—Usted la mocería la quería pa vivirla por ahí.

M. H.—Ya estaba, ya estaba cansao de las farras. Ya estaba Horacio en Gran Tarajal. El se casó primero que yo dos años. Yo estuve en la boda de él.

Hombres amigos como Horacio y yo, y hombres más parrandistas no tenía Gran Tarajal, ni Tuineje, ni media isla, como nosotros dos.

Eran los hombres cortadores de alfalfa. Nos metíamos a trabajar. Decía el padre de Horacio al mío, decía: Miguel, los palanquines más grandes del sur de Fuerteventura es tu hijo y el mío. Esos salen el sábado, pero el lunes están siempre en el trabajo y no se dicen una palabra uno al otro. No tengas cuidao. El tuyo coge una guadaña, meta palante, y el mío también.

Y dele y dele y dele y dele. Allí no se discute nada. Lo que se discute se discute por ahí, pero en el trabajo no se discute nada, decía. Y así era.

M. L.—¿Y ustedes a quién le cortaban la alfalfa?

M. H.—A todo el que nos llamaba.

M. L.—¡A todo!

M. H.—A Tarajalejo, a Jinijinar, al Charco... pues al Charco.

Me acuerdo que salió un conejo, coño, yo cortando con la guadaña, él por allí y yo por allí. Y cortando yo, coño, sale un conejo, ¡eh coño! Tírole la guadaña a la sementera, coño, y le cogí la cabeza y lo estallé todo. Dice: ¡Ah, jodío, cómo mataste el animalito. Digo: ¡Coño!, pues le toca morir coño, qué se va a hacer... Estaba echaíto.

Pero siempre, siempre eramos así. Nosotros... Y decía, decía Dionisio: Mira son dos hombres que se emborrachan como nos emborrachábamos, y no se les ve nunca un mal gesto, ni a uno ni a otro, nada. En todas las juergas se emborrachan. Y era así.

M. L.—Pero es que además sus padres si ustedes el lunes antes de aclarar el día no estaban en el trabajo, había chucha.

M. H.—¡Ah! Pero nosotros cumplíamos.

M. L.—Había que cumplir por fuerza.

M. H.—Una vez fuimos a casa de Leocadio Sánchez, a Adeje.

M. L.—¿El viejo, Leocadio el viejo?

M. H.—¿Se habrá muerto Leocadio?

M. L.—¿El viejo?

M. H.—El viejo era entonces. ¿El viejo ya murió?

M. L.—Sí.

M. H.—El nuevo es casao en la Vega.

M. L.—Casao con una parienta mía.

M. H.—¿El nuevo?

M. L.—Sí.

M. H.—¿Y el viejo murió? Ya. Leocadio el viejo. Ese era un amigo mío también.

Y fuimos a Adeje allí al baile. Nosotros llegando, dígoles, Horacio... Yo tenía una buena burra y él un buen burro. La burra mía estaba recién paría. Era una burra... y la burra, según yo me montaba en ella, él con su burro no me veía más. Porque la burra era una burra de carrera tremenda. Y cuando lleguemos allá dígoles: Horacio, coño, no veo luz en la casa el baile, unas lucitas por lo menos. Dice: Bueno, toca siempre.

Cuando llegamos se había muerto... un niño. En la casa, un niño de tres meses de nacido se había muerto. Los que estaban nos dijeron. Los que estaban adentro salieron. Dijeron: Acompañantes ahí fuera.

Pregunté. Hombre mira. Hombre se murió el niño hombre en la casa a puesta de sol.

Ah bueno. Señores... adios. Digo: Horacio, en Tiscamanita hay un baile. Ale, vamos pabajo pal pueblo. Tú tienes burro y yo tengo mi burra. Pues toca, ¡coño! Media vuelta. A todo galope lleguemos. Los amarremos abajo el pueblo.

Según lleguemos a la puerta el baile canta Horacio, me acuerdo del cantar

Yo soy yo y aquí me ves
Ahora vengo de otro modo
a que me quieras de un todo
o me olvides de una vez

Entonces yo canté:

Sangre vivita, vivita
sangre vivita yo quiero
porque la sangre vivita
tiene sandunga y salero.

Dicen: Vengan, entren pa dentro, entren pa dentro. Estos son los campeones, coño, de Tuineje y Tiscamanita ¹.

1. He tenido bastantes dificultades para transcribir esta grabación, por la mala calidad de la cinta, por la incomprensión de alguna palabra, y por la imposibilidad de repetir por escrito el tono y la cadencia de esta cinta extraordinaria.

Sobre esta cinta y otra grabada en Tuineje en casa de Eulalio Marrero trabajaré en cuanto acabe con las brujas y tenga tiempo.

En Fuerteventura se desplazaban a patita o en burro. Y es indudable que la burra es mucho más rápida y cómoda que el pinrel.

Sigue siendo también la noche la clave de todas las historias. Siguen siendo las mujeres las protagonistas ocultas y los hombres los beneficiarios de los poderes de estas mujeres.

Son hombres que tienen que caminar de noche para llegar a un sitio, para ir al baile. Y las brujas actúan o acelerando la llegada, o impidiéndola, al transformar la acción del hombre en episodio ficticio en el caso de que los hombres vayan al baile. Nuestras brujas tienen un sentido muy estricto de la moral y de la parranda.

También comprobarán ustedes, y eso explica la desaparición, también, de los cuentos, que es más difícil que una bruja se transforme en coche, o en avión, que en burra.

Y además, ¿quién va hoy en burra al baile?

La relación hombre-animal-planta-piedra es posible. La poesía está para demostrarlo. Un botón:

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan;
los árboles parece que s'inclinan;
las aves que m'escuchan cuando cantan,
con diferente voz se condolecen
y mi morir cantando m'adevinan;
 las fieras que reclinan
 su cuerpo fatigado
 dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste:
tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
 a los que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

GARCILASO DE LA VEGA

Pero la relación hombre-máquina no sólo no es poética, sino que da como resultado el dibujo animado y la robotización del hombre.

En el primer cuento de la serie (15) está claro lo que acabo de indicar: Ausencia de coches, pobreza que no permitía tener burra, y aparición de uno de esos benditos animales que suplía con creces al bolido o al avión.

Eran burras que andaban sueltas. Dicen que en Fuerteventura hubo tiempo en que había muchas en estado salvaje. Por supuesto no las encerraban en garajes. Estarían sueltas en el campo y saldrían a dar paseos para auxilio de caminantes. Del didactismo que rodea a todo cuento se puede deducir lo siguiente: El animal que no es tuyo, que no te pertenece, déjalo, no te lo apropiés, no sea que se convierta en persona querida y te lleves un susto. Utilízalo, pero no le hagas daño, no lo ordeñes, no te lo lleves. Porque si lo muerdes o le das palos se los das a tu novia o a tu mujer.

(16) Ya digo que las brujas mayoreras, además de jóvenes, son buenas y moralistas. Impiden incluso que los hombres se desmadren, que vayan al baile solos, que se emborrachen. ¿Donde se han visto brujas así? Son brujas que son capaces de irse a Buenos Aires o a La Habana con el fin de recordarle a su novio o a su marido que aunque las cosas le vayan bien, que aunque puedan comprarse un traje no las olviden, que vuelvan, que vuelvan a su isla.

El hombre de este cuento no va al baile, en contra de su propósito, porque el concepto de solidaridad, de respeto por el trabajo del otro, al que las burras le están comiendo el millo en la gavia, es más fuerte que las ganas de ir al baile. Olvidando incluso el aviso de la mujer: «Tú no irás esta noche al baile».

Y el hombre no va al baile, ni logra sacar las burras de las gavias metafóricas.

Dos enseñanzas:

1. Cuando haya una burra o un animal que esté estropeando el millo o el trigo del otro has de dejarlo todo para ayudarlo.
2. Cuando una mujer te diga que no vayas al baile, no vayas. No debes ir para no exponerte a quedar en ridículo ante el dueño de la casa, que se reirá al ver que lo que tú le indicas es falso.

Las mujeres son las dueñas de la noche, y no los hombres. Pero en «La trilla y el baile» (17) las mujeres se transforman de día y no de noche.

La ilusión de la novia porque su novio acabe de trillar pronto y pueda ir a verla antes, hace que ésta, junto con su madre, lo ayuden. Y la ilusión del novio por acabar y poder ir pronto al baile hacen que la novia y su madre queden tan cansadas que les resulte imposible ir.

El caso es que parece que las mujeres no van al baile o no quieren ir: la burra que se para (15), las burras de las gavias (16), las burras molidas a

palos por haber trabajado y trillado tanto (17), el novio que va al baile sin avisar a su novia y resulta que va sobre una burra que es su novia que lo sabe todo, que es omnisciente, y a la que nunca podrá engañar (18)...

«El novio y la burra» (19). Aquí la buena burra-novia ayuda al novio a volver de Tetir a Gran Tarajal; al novio que llegó hasta Tetir, desde Gran Tarajal, a pie, ¡a pie! ¡Y hacía este recorrido una vez a la semana!

Entonces sí que se amaba, entonces sí que costaba enamorar. ¿Quién de ustedes se pegaría hoy una caminata del carajo para ir a ver a su novia en presencia de una madre que salía y entraba y oía y vigilaba, teniendo además la mesa de por medio? Eso eran hombres, y no los de ahora.

Y eso eran novias agradecidas, que al saber que su novio se metía 40 kilómetros, 40, a patita para ir a verla, hace ella otros 40 para acompañarlo y se lo dice; pero, y no lo olvidemos, también la novia con su transformación le recuerda que controlaba sus movimientos en el camino de vuelta.

¿Se imaginan ustedes ahora lo que sería una caminata nocturna, a pie o en burra, sin luces, sin nada, de Tetir a Gran Tarajal?

«Un afeitado en el aire» (20). Este es el último de los cuentos con transformación en burra. Un viajecito aéreo con corte de pelo y afeitado incluido por la gracia y amabilidad de una burrita.

El hombre no se extraña: «Y cuando la burra paró, el hombre, tan tranquilo, se bajó». Debía de estar acostumbrado.

No hay tampoco en este extraño cuento referencia a la hora del día en que pasa el cuento, pero es de suponer que la gente no se iba a afeitarse de noche; tampoco es creíble que los hombres fueran a afeitarse de Tuineje a Gran Tarajal en momentos en que Tuineje era más poblado y más importante que Gran Tarajal. Yo dejo los cuentos tal como me los encuentro, también con sus posibles contradicciones e incoherencias.

Lo único que he trabajado ha sido el estilo, la forma, los contenidos son los mismos que reflejan mis bases escritas, y están todos a disposición del que quiera verlos. No invento, no invento. Ya inventaron ellos, y mucho, y bien.

Otra particularidad de este cuento es que aquí la burra vuela. Si las brujas vuelan y las brujas se transforman en burras, es evidente que las brujas pueden volar en forma de burra, y afeitarse y cortar el pelo y trillar y todo y todo.

Por supuesto que después de tantas lecturas podría yo escribir o contar otros cuentos de base igualmente popular, con variantes, y no lo notarían.

Pero no lo hice, aunque me entraran ganas. Sólo al final de estas notas les contaré no un cuento, sino una historia real que me sucedió a mí, que no creo en las brujas.

La base de estos dos cuentos (21 y 22), siendo el viaje real, es la burla, pero no el daño. Hasta ahora, y van 20 cuentos, no hemos visto todavía una acción maléfica de las brujas. Y es difícil que la veamos.

Dos datos sociológicos más de los muchos que se pueden deducir en los cuentos. En 22, los muchachos no tenían burras por ser pobres, por no tener lo suficiente para alimentarlas. También se da una indicación precisa sobre la vestimenta que entonces utilizaban los majorereros, las cintas que le rodeaban la cintura y el vientre.

En «La oreja del cochino» (23) volvemos al marido desconfiado. No es el marido el que suele salir por las noches, sino la mujer. Y cuando sale el hombre de noche siempre le sucede algo. De noche siempre pasa algo. Sépanlo hombres que se aventuran.

Nuestro hombre había notado que un cochino lo perseguía siempre que salía después de oscurecer. Aquella noche el hombre se cansó, se volvió agresivo y le arrancó la oreja al cochino. Cuando vuelve a casa encuentra que su mujer, como en el primer cuento de esta serie (15), tiene la cara sangrando y que sin ningún reproche ni mal tono le dice: «La oreja es mía porque el cochino era yo».

Hombre que vas por los caminos de noche, deja a los animales, que son humanos, como tú, que velan por ti y te vigilan; no los maltrates, que si los maltratas o castigas es como si castigaras a tu mujer, o a tu novia, o a tu madre.

Este cuento (24) «El hombre que no creía en las brujas», lo incluyo en este apartado porque me parece la transformación el elemento fundamental. En los muchos cuentos que aquí tienen no se duda apenas de la existencia de las brujas. Para los incrédulos hay siempre muchas pruebas. Ahí va una: Dos carneros que se hablan y se insultan.

«El hombre que tenía una novia bruja» (25). La última de las transformaciones es en cabra. Cuando veas, hombre, una cabra que no es tuya, no la ordeñes; no es tuya. Primero porque no se dejará y segundo, segundo, porque puede convertirse de repente en tu novia, o en tu mujer, o en tu madre.

BRUJAS/CRISTIANISMO

Lo que hoy suele quedar de las brujas en otros lugares y en otras culturas está tamizado por su relación con el cristianismo, y por el interés que tuvo siempre la Iglesia en negar el sistema de los cuentos de brujas dándole a estas siempre el papel malo, relacionándolas con el demonio y negando su misma existencia.

Los que hoy hablan de brujas en Europa tienen como base documental textos inquisitoriales, los juicios que contra las brujas se hicieron y poco más; y la tradición que se conserva es la de la bruja mala, vieja y negativa.

En este sentido los cuentos de brujas de Fuerteventura me parecen muy dignos de ser tenidos en cuenta.

En primer lugar por la escasa importancia de los cuentos de esta serie, cinco versiones de un mismo cuento y dos más anecdóticos.

Llama también la atención el que sólo en los dos últimos cuentos predomine la posición cristiana, no en los cinco primeros, que son los más extendidos.

Y llama sobre todo la atención el hecho de que en ninguno de los cuentos, en ninguno, se ponga en duda la existencia de las brujas, ni sus poderes.

Sobre la significación de estos cinco primeros cuentos (26, 27, 28, 29 y 30) habría para escribir largo y tendido.

Aspiro a no ser pesado en mis notas; no cargo este libro con referencias cultas ni citas bibliográficas. Pero voy a analizar aquí con detalle un libro canario de reciente publicación, que leí el 6 de enero de 1982, y que me llamó la atención.

Me refiero al libro de Domingo García Barbuzano, «Prácticas y creencias de una santiguadora canaria» (Centro de Cultura Popular Canaria. Santa Cruz de Tenerife, 2.^a edición, septiembre 1981).

Es un libro que me parece interesante por lo que saca a la luz, pero no lo creo muy acertado en las escasas referencias que hace de las brujas y que citaré a continuación.

«Seña Lugina aborrece todo lo que suene a brujas. Estas son causantes del mal que ocasionan apelando a intervenciones sobrenaturales de signo diabólico. En la sociedad canaria tradicional, las brujas representan el polo negativo y atraen sobre sí el temor y el

odio del pueblo. La santiguadora en cambio es la restauradora del bien, la que revierte el desorden. De ahí el respeto y aprecio popular hacia su figura» (págs. 29-20).

Como habrán podido ustedes observar, si han tenido la paciencia de seguirme hasta aquí, la bruja de Fuerteventura no es así. La bruja que es así es la que ha impuesto la tradición cristiana. ¿Y en Canarias? En Canarias no sé con exactitud, pero desde luego en Fuerteventura no son las causantes del mal.

De las otras islas, en lo que se refiere a este tema no conozco nada; pero por los datos que da García Barbuzano en su libro, puedo deducir que su visión no es tan clara como él mismo pretende.

Para Señá Lugina, que era santiguadora, pudiera ser evidente esa imagen de las brujas; en cambio el estudioso podrá observar que la Señá Lugina hace cosas que hacían las brujas, que representan el sistema contrario, y no se le deberían escapar.

El que las demás islas hayan estado, relativamente, menos abandonadas que Fuerteventura, más civilizadas, más vigiladas también, y más cristianizadas, explica probablemente esta confusión.

Yo me abstengo de decir que los rasgos que hay en una isla sean aplicables a las demás, mientras no se demuestre. Sigo en esto las pautas que marca Francisco Navarro Artilés en su espléndido diccionario «Teberite». Si allí no es posible, con evidente lógica científica y lingüística, hablar de unidad lingüística prehispanica en Canarias, por los datos que poseemos, y sí de tronco común; en lo que se refiere a las brujas, y a otros temas, creo que se puede aplicar el mismo esquema.

Hay que analizar con detalle los rasgos propios de cada una de las islas, y luego ver los elementos coincidentes o discordantes.

Vayamos a casos concretos del libro de García Barbuzano. En la página 41 indica cómo curaba Señá Lugina la ingua (tumor pequeño que se forma en los tendones y en los músculos, principalmente en la ingle), y dice:

«La señal de la cruz se hace con un cuchillo sobre el pie de la extremidad afectada. Una vez que se le administra el santiguado se retira el plato que contenía las brasa y el mismo lugar que ocupaba éste se clava el cuchillo. Esta práctica la atribuye la santiguadora a que en el momento de santiguar acude Jesús a dicho lugar (donde se encuentra el plato con brasas y el pie), conmemorando con este ritual la pasión de Jesucristo.

Que la cruz se utilice, desde una perspectiva cristiana, como un antídoto contra las brujas me parece lógico y evidente. Lo que no me parece tan lógico es que se utilice un arma como el cuchillo para clavarla en el mismo lugar que ocupaba la cruz, porque eso es un sacrilegio.

La explicación aparentemente cristiana que da Señá Lugina tampoco es creíble; resulta que lo que hacía ella era clavarle el cuchillo a Jesucristo para quitarle la ingua al paciente, y los que mataron a Jesucristo sabemos que eran malos.

Pero hay más datos que aparecen en el libro de difícil explicación desde un punto de vista cristiano.

Para curar la hernia siguiendo el ritual del drago, costumbre traída de Cuba, dice García Barbuzano del lugar en donde se realiza (pág. 55).

«Se da la circunstancia de que esa encrucijada de los cuatro caminos en San Diego, es considerada por los habitantes de la zona como un lugar en el que antaño se reunían las brujas para sus ceremonias, habiéndose transmitido muchas anécdotas sobre el particular».

Creo que también en este párrafo sobra cualquier explicación, ya que un lugar de reunión de brujas no es muy recomendable para prácticas cristianas.

Sobre los maleficios, (pág. 56), aclara que eran recursos utilizados por viejas o hechiceras valiéndose de diversos métodos, uno de los cuales eran los brebajes, que

«podían ser ingeridos o arrojados al suelo. Entre los primeros destaca el preparado para ganar el amor de un hombre, a base de mezclar sangre menstrual con el café, lo cual resultaba en el apasionado amor del incauto que bebía la poción. Otro tipo de líquido eran (sic) los que una vez dichos sobre ellos 7 palabras o frases acompañadas de 7 cruces con la mano izquierda, se arrojaba al camino poco antes de pasar determinada persona, que al pasar sus pies sobre la zona húmeda quedaba afectada por el maloficio».

Recuerden el ungüento del primero de nuestros cuentos y noten el parentesco. Lo de la mano izquierda para el otro brebaje tampoco necesita mucha explicación; todos sabemos que la derecha, y no sólo en política, siempre ha sido mejor vista que la izquierda. Y uno ha comprobado cómo

antes no se podía escribir ni comer con la izquierda, y ha recibido manotazos de persona no autorizada por intentar meter la mano izquierda en la pila de agua bendita para santiguarse.

La respuesta contra estos maleficios era el santiguado que se realizaba sobre un recipiente de agua, no de otro líquido, haciendo cruces con la mano derecha.

El agua y la derecha frente al líquido, vino o café, y la izquierda. Yo prefiero el líquido y la izquierda, que no quiere decir que reniegue del agua y la derecha.

Pero lo que yo no tengo muy claro es por qué los amores apasionados son malos; a mí me gustan y los considero bellos, bonitos. Eso sí, son siempre perturbadores y antisociales; ya los trovadores lo tenían claro.

Y todos aquellos, que son muchos, que piensan que el amor es un peligro —mejor atribuirse a brebajes o a intervenciones raras— consideran que hay que tenerle miedo a los amores y a las sensaciones fuertes.

Sobre creencias y supersticiones con respecto al nacimiento habla del velorio, de la costumbre de velar desde la primera hasta la novena noche a la recién parida.

«Esta costumbre se realizaba porque los recién nacidos solían amanecer muertos y amaratados junto a su madre. Esto se atribuía a las brujas, temibles enemigas de las criaturas, quienes chupaban la sangre. Como remedio contra ello, surgió la costumbre de velar las paridas, quienes la última noche lo agradecían con una gran fiesta» (pág. 70).

Del recién nacido dice:

«Cuando un niño nace es costumbre poner las tijeras en cruz bajo la almohada y la escoba con el mango hacia abajo. Estas prácticas se realizan para ahuyentar a las brujas» (pág. 70).

En estas dos citas no hay elementos que indiquen rasgos positivos de las brujas y reflejan bien las creencias extendidas por cierta moral cristiana con respecto a las brujas. Pero lo que puede extrañar es eso, que no se dude de su existencia.

En estas dos citas vemos, además, el aspecto didáctico que conlleva todo cuento popular; no moralista y sí didáctico: No se debe dejar solo a un niño recién nacido porque le puede pasar algo; solución: velarlo y atribuir-

le el mal, en caso de que lo haya, a algo inexplicable y malo. Así se aprendía entonces.

Por último, en la página 77 se indican los medios para detectar o ahuyentar las brujas, que según Señá Lugina son los siguientes:

- Echar agua bendita en todos los rincones de la casa.
- Quemar laurel bendito el Día de Ramos.
- Hacer una cruz en el suelo y clavar un cuchillo en el centro.
- Pronunciar la frase: «¡Cruz, perro maldito!», cuando se cree estar en presencia de una bruja.

Aquí enlazamos con las explicaciones que le damos a los cinco primeros cuentos que englobamos dentro de la serie Brujas/Cristianismo (26, 27, 28, 29, 30).

Las dos primeras soluciones de Señá Lugina corresponden a la solución cristiana, pero en las otras dos podemos dudar. Lo que yo creo que se realiza al hacer una cruz con un cuchillo en el suelo y clavar un cuchillo en el centro de ésta es, desde una óptica cristiana, un sacrilegio.

No se trata de ahuyentar a la bruja con una cruz, sino de hacer una cruz y clavar un cuchillo en el centro, y con esto poner a la bruja de su lado aceptando su sistema al clavar el cuchillo en el centro de la cruz.

Incluso podría decirse lo mismo de la fórmula «¡Cruz, perro maldito!». ¿A quién va referido perro maldito? ¿A la cruz?, sería perra maldita. ¿A la bruja?, también iría en femenino. En cualquier caso la fórmula es ambivalente y más que dudosa su aplicación en sentido único.

Que según Señá Lugina la tradición de brujas se haya perdido en Tenerife, que en lo que queda predominen los elementos negativos, no quiere decir que en un libro —no olvidemos que no se dedica a las brujas sino a las santiguadoras— como éste no percibamos elementos que indicaron otro estado, al menos en otro tiempo. Ya sabemos que los malos fueron siempre los vencidos, y que los que ganaron contaron la historia como les pareció. Pero el tiempo y el estudio, la historia, todavía, nos dan la posibilidad de ir recuperando visiones, puntos de vista, que indudablemente no podían ser tan malas ni tan negativas como se nos ha venido diciendo.

Estas son mis posiciones y pienso que no se sustentan en el aire. Creo que estos fenómenos tienen más fácil explicación desde mi punto de vista que desde el de García Barbuzano, que en ningún caso critica y sólo se limita a apoyar las posiciones de la Señá Lugina.

Y ya digo que este libro me parece muy interesante¹.

Volvamos a nuestros cuentos. Son de vuelos, todos, y son ya cuentos, es verdad, de oposición, de lucha entre dos modos, dos sistemas de ver la vida: el patriarcal y el matriarcal, el cristiano y el no cristiano.

Las brujas siguen sin hacer daño, pero se les da ya en estos cuentos connotaciones negativas. No sabemos los propósitos de la bruja, que no hace nada, y sí percibimos el miedo del hombre. La respuesta de éste es el acatamiento del sistema de las brujas: clavar un cuchillo en el centro de la cruz.

1. Muchas peores cosas diría del siguiente libro del mismo autor (Domingo García Barbuzano. «La brujería en Canarias». Centro de la Cultura Popular Canaria. Tenerife, abril de 1982). Pero llegó a mis manos cuando ya había terminado los comentarios del libro y lo estaba preparando para la imprenta.

Por varias razones:

a) Porque no se puede hablar de brujería en Canarias cuando el libro sólo se refiere, y parcialmente, a Tenerife.

b) Porque parte de postulados teóricos que son, disfrazados con otras palabras, los que mantuvo, y por distintos motivos, siempre la Iglesia. Y no los que debe mantener un antropólogo.

c) Porque las historias no están estudiadas, ni analizadas; son datos sueltos.

d) Porque, lo mismo que «Prácticas y creencias de una santiguadora canaria», está mal escrito.

e) Porque sólo hay tres posibilidades de transcribir las historias:

1. Fonética. Que no suele estar al alcance de cualquier lector.

2. Fonológica. Escribiendo las historias según el sistema fonológico del español de Canarias, aunque habría que superar alguno de los problemas que plantea este sistema de transcripción. Por ejemplo la /s/ en final de sílaba o de palabra.

3. La normativa en español. Que no quiere decir que haya de leerse en castellano. Mexicanos, canarios, argentinos, cubanos, castellanos..., utilizan el mismo sistema ortográfico, y sin embargo cada uno lee siguiendo su propia forma de hablar.

En cambio, García Barbuzano utiliza un criterio, que todavía no sé a qué propósitos fonológicos, morfológicos, o sintácticos responde. Un ejemplo, para que vean que no hablo en vano.

«Resulta que jase muchos años apareció por el pueblo un chico muy bien parecido y, según decían, con algunas perrillas, el cual se jiso amigo de un grupo de muchachas que paseaban por la plaza; ya emplumadillas, entradas en carnes y coloradas que daba gusto mirarlas. Pero resulta que una de aquellas mozas se enamoró enseguida del muchacho, aunque no creo que fuera sino por su posición, porque, como usted sabrá, las chicas del campo queremos mejor dir pa casa rica que pobre. Bueno, lo cierto es que a él no le gustaba esa muchacha, sino otra que no le correspondía, ni le jasia maldito caso. Ante esto, la que estaba enamorada de él como una perra berdina, lo invitó una vez a su casa y, a partir de ese día, el muchacho se quedó más embelesado por ella que un perro salió detrás de una perra caliente. Dicen que fue porque ella le dio un filtro mágico, de esos que se preparan a base de café y gotas de piriodo.»

(Págs. 14 y 15).

La bruja ya se define por oposición al sistema patriarcal judeo-cristiano, y lucha contra él vencéndolo en estos cinco cuentos.

Aclaro que no defiendo ni uno ni otro sistema, que me dan lo mismo, y que intento aplicar criterios objetivos, objetivos. No me tachen pues de irreverente, que no me concierne este asunto. Explico los cuentos tal como los veo y con las luces y conocimientos que tengo; si otro más sabio los ve de otra manera, que coja papel y lápiz y que se explique; pero no para polemizar, sino para competir, dar versiones distintas o complementarias que anulen o refuercen mis interpretaciones.

Y aun así, los cuentos seguirán siendo los cuentos.

A mí lo que me molesta es el aplastamiento de un sistema y una filosofía diferentes por el hecho de no ser los vigentes.

Es evidente que la bruja de los cuentos de esta serie ya no es la bruja desnuda y benefactora, pide también que no la descubran, pero amenazando. Comparen estos dos tipos de cuentos y podrán ver las diferencias y los cambios de posición con respecto a las brujas.

Sería interesante rastrear, y creo que debe haber algún estudio, la represión que contra brujas hubo en Canarias, la real: juicios, inquisición, penas, y la cultural: adoctrinamiento, posición de la iglesia etc.

Sería interesante, pero ya digo que dentro de los cuentos de brujas de Fuerteventura este elemento, el de la oposición Brujas/Cristianismo es mínimo y cubre una parte ínfima del total de los cuentos, casi con toda seguridad la menos elaborada, la de menos base poética de todos los cuentos que aquí presentamos.

(31) «Las brujas mendigas». Esta sí que es una interpretación cristiana de la bruja. En primer lugar se le supone maldad, cuando en el cuento no habían hecho nada todavía, sólo pedían de comer. Y fíjense que el remedio contra las brujas es aquí el cristiano y no el contradictorio de clavar el cuchillo en la cruz.

Pero hay un dato precioso, la nota final que separé del cuento, la explicación del porqué han desaparecido las brujas.

«Hoy en día se ha olvidado esta costumbre porque, según el hombre que me contó la historia, las brujas murieron todas al chocar contra los cables y los postes de la luz».

Es poético esto. Las brujas desaparecieron con el progreso, con la luz, con la desaparición de la noche. Ya no hace ni falta luchar contra ellas por medio de la cruz. Los palos de la luz, los cables, las nuevas formas de vida han bastado; hasta se han olvidado de aquellas macetas que provocaron el vuelo. Como también han desaparecido ciertas formas de religiosidad cristiana, supersticiosas ellas también.

Los enigmas de la fe, la vida y la muerte siguen y seguirán en el aire mientras el hombre, el ser humano, siga siendo hombre; pero las manifestaciones de ese sentimiento de la vida en una sociedad que había que calificar como rural y preindustrial han desaparecido y ya no tienen razón de ser.

Se cree ahora en el miedo, eso sí, y en los ovnis, y en la gente mala que hace cosas malas por la noche, como si de día los ladrones, de todo tipo, y no sólo los que atentan contra la propiedad, no actuaran; pero nada más.

Se acabó. Se acabaron las brujas y todo lo que ellas representaban.

Para darle picante a la vida hay que ver la televisión. ¿Viste anoche la televisión? O escapar de ella hablando de los signos del zodiaco —liga mucho—, o de los colores preferidos, o de misterios y cosas absurdas que rellenan las veladas de los semipedantes.

Y el pueblo, desengañémonos, prefiere la imagen, la televisión, el aborregamiento, la falta de imaginación y las mentiras que la caja tonta, salvo raras excepciones, suele contar.

El sistema de vida que hoy perciben los madrileños y los majoreros es exclusivamente, o casi, el americano (Harrelson, Mazinguer, Supermán, la tonta de Heidi). Ya sé que no estoy al día en televisión y que ahora hay otros, Dallas).

Y no niego, sino todo lo contrario, el progreso, ni el valor y la fuerza de la imagen, ni el enriquecimiento que ha podido suponer para casi todo el mundo, en líneas generales; pero detesto su utilización, su perniciosa utilización, y la falta de sentido crítico que crea. Añoro la pérdida de la conversación, el saber local frente a la masificación. Y critico la falta de humor que caracteriza a la televisión. Que ya casi no se habla en las comidas, ni se aleja en los bares, que ya no se sale de casa, que ya no se lucha contra el aburrimiento.

(32) «Las brujas y el sacristán» Pasa lo mismo en este cuento. La imagen de la cruz que impedía salir de la iglesia a las mujeres brujas. ¿Cuándo las pesetas eran de plata?

PRESENCIA DE LAS BRUJAS: AYUDA, BURLA, MIEDO

Las dos series de cuentos que me quedan por comentar son sin duda las más problemáticas y las de más difícil clasificación.

Los de esta serie, en líneas generales, no plantean dudas sobre su adscripción a los cuentos de brujas. Si en alguno quizás faltan rasgos propios de los cuentos de brujas, los mantenemos porque nos parecen populares y porque nos gustan, aunque en rigor no debieran entrar en lo que nosotros concebimos como tales. Es más, hay cuentos en los que no aparecen las brujas, o no se nombran, aunque detrás anden rondando esas señoras —mientras escribo el cielo adquiere tonos rojizos y oscurece—. La asimilación bruja/miedo es moderna.

El rasgo general de todos estos cuentos es la presencia de las brujas en la vida de todos los días de los majoreros. Ayudando, burlándose, sirviendo de explicación lógica de lo ilógico.

(33) La mujer preñada. En este cuento se nos presenta la imagen de la bruja buena, protectora, que ayuda a los desamparados, y no para devolverles un favor, como en el caso de las brujas desnudas. Son brujas que vuelan sobre escobas y que avisan a una mujer de que su hermana está pariendo y se encuentra sola.

Hace años me gustaba cantar esta canción:

Erase una vez
un lobito bueno
al que maltrataban
todos los corderos.
Y había también
un príncipe malo,

una bruja hermosa
y un pirata honrado.
Todas estas cosas
había una vez
cuando yo soñaba
un mundo al revés.

J. A. GOYTISOLO

¿Es Fuerteventura un mundo al revés? No. Simplemente otro mundo. Otra diferencia: las imágenes de esta poesía son producto del cansancio que causa en una persona, un niño, un poeta, la repetición de los mismos valores siempre, y entonces manifiestan su rebeldía transformando al revés las historias que le cuentan. ¿Por qué el lobo siempre es malo? ¿Y por qué Caperucita siempre es buena? ¿No pudiera ser que Caperucita se comiera al lobo? ¿Y por qué todos los príncipes son buenos y guapos y todas las brujas feas y viejas, y todos los piratas tuertos y malos y ladrones?

En los cuentos de brujas de Fuerteventura no es el espíritu de la contradicción el que domina, ni la rebeldía contra lo establecido. Es, simplemente, otro sistema en el que la palabra bruja no está cargada negativamente. Bruja como sacerdotisa o monja. Como un santo ayuda a bien morir, o hace milagros, una bruja, además de volar, ayuda, auxilia, avisa. ¿Qué diferencia hay? El nombre.

(34) «El coche que ardía». Sí, las brujas se pararon cuando chocaron con los palos de la luz, cuando la burra dejó de ser el vehículo de transporte rápido, cuando aparecieron los coches y los aviones.

Ya no eran necesarios filtros ni estados especiales para ir a Las Palmas o a Cuba. Se suplía esto con dinero y un poquillo de miedo; porque no se conoce de brujas a las que les fallara la escoba, ni alfombras que se averiaran. El único problema, y no tan grande, era el necesario vuelo nocturno, la preocupación por no romper el paisaje. Imagínense ustedes cielos con bellas mujeres volando desnudas en días radiantes.

Los hombres caminaban y se sabía por qué, si estaban cansados, descansaban. Las burras caminaban o volaban y se sabía por qué.

Los coches no, no se entiende. De repente se paran y nos quedamos esperando, sin saber muy bien por qué, a que él solo se arregle. Y volvemos a darle a la llave de contacto con la esperanza de que fuera una falsa impresión, un algo raro.

Y eso nos pasa a nosotros hoy. Los majoreros de antes podían ir en coche, pero no entendían por qué caminaba; y si se paraba y volvía luego a caminar era una bruja la que lo había arreglado. Lo que no era pensable era dejar algo al azar, a la casualidad. No podía haber cosas inexplicables. Lo absurdo, tanto lo bueno como lo malo, iba a parar a las brujas.

Esto es lo que han hecho siempre las religiones.

(35) «Ayuda de las brujas». Los cuentos que vienen a continuación son todos ellos de burla. En este caso la burla es dura. Un hombre arrancaba, ficticiamente, trigo —tégase en cuenta que en Fuerteventura el trigo no se segaba sino que se arrancaba— y cuando contento creyó que ya había terminado vio como todo había sido una burla.

Esta historia tiene cierta relación con la de la gavia y el millo (16), con la diferencia de que en esta no hay transformación ni impedimento de ir al baile. Se trata sólo de una broma pesada, sin motivación explícita en el cuento. En «La trilla y el baile» (17) el novio fue ayudado a trillar por su novia y su futura suegra, pero hubo transformación también y la ayuda fue real, aunque las consecuencias de la paliza fueran que tuvieran que meterse en cama, y que la novia no pudiera ir al baile.

Aquí la burla es dura.

Siempre se plantean los cuentos de brujas como acciones reales; y el que los cuenta lo hace siguiendo un criterio objetivo, sin tener en cuenta la escasa diferencia que puede haber entre lo soñado y lo real.

Este cuento podría ser el sueño de Domingo Travieso, el sueño y la frustración que produce el despertarse y ver que lo que uno había soñado como real era mentira. ¿Por qué entonces contar este sueño como realidad? ¿Por qué tanto cuento de la lechera en la cabeza de los hombres?

Y luego la lección que se deduce, otra vez, de todo cuento: sólo con tu trabajo puedes contar. Nada te dan que tú no hagas, que tú no te procures.

(36) «Los bailadores encantados». Vuelve el tema del baile, pero aquí no hay transformaciones, ni burras. Se trata de un grupo de gente que va al baile; una persona no quería seguir y no siguió; las demás que fueron no encontraron la casa del baile y le echaron la culpa a ella. Hay una diferencia con respecto a los otros bailes: aquí van hombres y mujeres mezclados, no como en los otros bailes cuentiles a los que hemos ido hasta ahora, a los que sólo van hombres.

Más lógico que el embrujamiento sería sin embargo decir que —en Fuerteventura no había luz eléctrica, no lo olviden, y los bailes eran de taifa, en casas, no en salones, sin orquestas, con cuerda solamente— no dieron con la casa.

(37) «El viaje de Falero». Hasta ahora en los cuentos, más que daño real por parte de las brujas, hemos visto burlas más o menos duras, y solamente una de carácter injustificado (35); pero creo que lo que le pasa a estos cuentos es que son incompletos desde una perspectiva folclórica total.

Aquí tenemos otro de burlas. Falero, a quien imaginamos simple y sencillo, despistado, da la respuesta de todo sabio. Decir bien de uno no implica hablar mal de otro. El no pronunciarse tontamente, el vivir su vida, el no crearse enemigos ni hacer mal a nadie, el hacer bien a unos sin que los otros puedan considerarlo como mal hacia ellos, consiguen que Falero el simple—sencillo— inteligente, sin darse cuenta, bailando y divirtiéndose llegue a su casa.

(38) «El engaño de las brujas». Tampoco esta burla es nefasta. Sólo impide dormir a un matrimonio una noche, nada más.

A los que oyen parrandas nocturnas y lo único que les interesa es saber quiénes la forman, hay algo que les impide levantarse y enterarse.

Hombre de campo, si oyes a alguien que se divierte, por la noche, quédate en la cama, no te muevas que es una tontería el levantarte. Si tuvieras fuerzas para unirme a la parranda nadie te lo impediría, pero sí para saber quiénes son. Óyelos y vete durmiendo, si puedes, con su música.

(39) «El cura y las brujas». Aquí no están en lucha las distintas concepciones del mundo. Se trata de la aceptación irónica y burlesca de las brujas por parte del cura. Sin trasfondo religioso de por medio.

La duda ante la existencia de las brujas se resuelve con la presencia de éstas. Las brujas lo único que le piden al cura es que sepa que existen, que no las ignore, que no son dos mundos irreconciliables: por un lado el cura y lo que representa y por otro ellas. Pueden coexistir sin matarse.

(40) «Una vez iban las brujas por el mundo». Se trata de la descripción humorística de un aquelarre, de una reunión de brujas. Si en el primero de los cuentos de este libro al marido desconfiado le hacen besar el culo a todas las brujas, en este el diablo besa el culo y mete el rabo, o la lezna, y la bruja se burla y se sonríe.

(41) «El hombre que no podía salir del barranco». Todo tiene una explicación, y lo que no es comprensible se aplica a las brujas.

Es posible que una persona, en un lugar oscuro, caiga en un barranco; y es posible que no encuentre la salida. Lo que no es tan lógico es por qué esa persona se cae y por qué no puede salir. Si le sucede eso es que alguien se lo ha hecho, ¿y quién si no las amas de la noche, las brujas?

El hombre que cayó en el barranco juró que eran brujas y oía risas, el que lo cuenta se lo cree, y nosotros...

(42) «La mujer que amanecía con cardenales». Una mujer de setenta años cuenta lo que le había sucedido a su abuela, la madre de su padre; y era que alguien, durante la noche, le daba una paliza.

Lo lógico es que se la diera su abuelo. Pero lo que debes hacer, niño, en estos asuntos es no ser curioso.

Si es posible, creer que eran las brujas las que le daban las palizas.

Me queda por saber la reacción de las gentes del país al oír contar un cuento de este tipo. Imagino que sería burlesca: «Ja. Yo sé el brujo que se las daba». De todas formas estamos acostumbrados a ver balas que de rebote atraviesan de parte a parte a una persona, moratones producto de choques contra puertas siempre, golpes deshonorosos ocultados a los que se dan siempre extrañísimas explicaciones; no sé por qué ésta tendría que asombrarnos.

Tenía una amiga, eso creía, en Puigcerdá que se quemó el culo un sábado a las dos de la noche haciendo inhalaciones de eucalipto para quitarse un catarro. Eso nadie se lo creía. ¿Cómo algo que se hace para destaponar la nariz puede producir una quemadura en el culo? ¿Cómo se puede quemar uno el culo un sábado a las dos de la mañana? Algo raro estaría haciendo, algún camasutra. Y sin embargo así fue. La explicación era lógica, pero no corriente, porque así no se suelen tomar vahos. Nadie la creía, pero nadie se atrevía a decirle que no la creía. Sólo volvían a preguntar cómo fue.

Pensó que sería más efectivo tomarlo en la cama para no coger frío. Se sentó formando un ángulo recto. Encima de las rodillas puso la bandeja del horno de la cocina, encima de esta un infiernillo para mantener el agua hirviendo, y encima de éste una cacerola con agua hirviendo y hojas de eucalipto. Sobre su cabeza y cubriendo todo el cuerpo puso una manta. Así sudaría más y la inhalación tendría mayores efectos.

Mueve una rodilla, el puchero se le derrama, y al ver que se le iban a quemar todas las piernas da un salto brusco hacia afuera de la cama, yendo a caerle el agua hirviendo en lo último que salió del lecho, en la parte final de la espalda que se parece a la luna. ¿A que les cuesta creerlo? Pues fue así.

Los ojos morados e hinchados son siempre el resultado de lo que no son, de choques fortuitos contra puertas, de caricias, de besos apasionados. En el mejor de los casos aquí en Fuerteventura vale más no preguntar, porque ya saben la respuesta: las brujas.

(43-44) «Y también tengo dientitos». «Somos pequeños pero tenemos las paletas grandes y mordemos». Con estos dos cuentos entramos en lo que podríamos llamar historias de miedo, o de misterio.

Son cuentos de brujas negativas, pero como ustedes verán no se atienen en ninguno de los dos casos al sistema explicado al inicio de estos comentarios.

«La gente mayor dice que las brujas adoptaban bastantes formas con tal de engañar a la gente que antes, como no había muchos medios de transporte, llegaba a casa de noche».

De lo que hablan estos cuentos es de la ternura que provoca en los hombres el llanto de los niños abandonados y su violenta reacción al sentir que esos niños pequeños hablan y tienen dientitos grandes como los del diablo.

Lo que no me resulta tan claro es por qué una vez seducido el hombre, las brujas —si los niños son la encarnación de las brujas— se dejan estampar contra el suelo.

Indudablemente todos los cuentos son percibidos y contados como historias reales, y es imposible separar el cuento de lo que pudiera pasar en la realidad. Y de toda historia o cuento se deduce una enseñanza moral, social, que de forma inconsciente cala en la persona que oye ese cuento, que lo asimila.

Si usted conoce esta historia, o cuento, y va por un camino y oye el llanto de un niño abandonado, normalmente se parará y lo recogerá. Pero los hombres de este cuento, que hacen lo mismo, terminan tirando a los niños contra el suelo. Conclusión: no se deje usted seducir por cantos de sirena; si alguien abandona a un niño pequeño es por algo malo, porque

los niños no se deben abandonar. De una madre que no quiso a su hijo. Un hijo del pecado.

¿Y por qué estos dos cuentos serían cuentos de brujas? ¿por qué no pueden ser los niños representaciones del diablo que desde una óptica cristiana se viste de todas formas para seducir?

Lo que sí puedo decir es que estas historias no casan con la línea general dominante en los cuentos que hemos visto hasta ahora. No consta la presencia de la bruja, no se hace referencia a ella. Sabemos que existe porque decimos que estamos contando cosas de brujas.

Vuelvo a repetir que estos comentarios no pretenden ser ni rigurosos ni exhaustivos. Puede que algún día tengamos mayores conocimientos y mejores versiones, o versiones complementarias que nos aclararían, matices que ahora nos parecen oscuros y no entendemos.

(45-46) «Las asaduras del camello». «Los gatos que llamaban a la puerta». También dudo que estos cuentos sean auténticamente de brujas. Son cuentos. De esos que sustituían antes a las películas de terror. Y casi con mayor eficacia. De esos que reunían a las gentes en torno a un candil y que hacían que los niños se cagaran de miedo. De aquéllos en los que el efecto siempre dependía de la intensidad y fuerza dramática con que los narrara el contador. De esos cuentos ricos que quedaban, se grababan en las mentes de las personas para mucho tiempo. Y parecían cercanos porque el contador los ponía al lado... En Tefia... a un hombre que trillaba... como nosotros... le pasó esto...

Pero no son cuentos de brujas, no hay alusiones directas a ellas y el horror lo provoca, como en las películas de miedo, la imprecisión, el no saber exactamente qué pasó.

Lo mismo en (46) «Los gatos...». Lo que ve la mujer es tan horrible que provoca hasta la muerte, pero no sabemos qué vio. Lovecraft.

Son cuentos de miedo y no de brujas, aunque ande la noche de por medio, y estén los gatos maullando.

LA LUZ DE MAFASCA

Estos son los cuentos, posiblemente, más populares, más extendidos y de mayor vitalidad de los que hay ahora en Fuerteventura, por eso los pongo.

Porque he dudado mucho, ya que no son cuentos de brujas, ni cuentos matriarcales, como podían ser los otros, prehispánicos. Estos son posteriores.

Mafasca es un caserío que se encuentra en el centro de la isla, junto a La Antigua; pero ninguna de las historias sobre la luz que aquí presentamos está situada ahí.

La base del cuento es la creencia universal de que las almas, si no se han portado bien en vida, están condenadas a purgar su existencia en la tierra, a errar. No van al cielo, el infierno debe ser la tierra, la ausencia de paraíso.

Lo que sí hay es una majorerización de la leyenda:

a) La falta de madera que hace que la persona queme una cruz; y eso provocará el castigo.

b) La cabeza del animal.

Yo no he visto todavía a un majorero comer una cabeza de animal, un baifo por ejemplo. Algo cultural, viejo, profundo, tiene que haber para que no se las coman, ¿qué tiene que ver la cabeza del cordero con la luz? Comen los majoreros sin embargo, y con gran placer, las cabezas de pescado.

Lo que sí me atrevo a decir es que la base de la leyenda es cristiana y no majorera, aunque se haya adaptado.

Una señora baja de un barco con dos criados y uno de ellos, Pedro se llama en los dos cuentos, se queda solo. Mendicidad, intento de violación, mezcla de leyendas locales, hambre... Al quedarse solos se ven obligados a matar a un animal, y por falta de leña, a quemar una cruz que se ponía en los lugares en que había muerto una persona por accidente. Ahora los bordes de las carreteras deberían estar llenos de cruces; pero se perdió la costumbre; con los primeros coches todavía se hacía.

De la modernidad de la historia no se puede ni dudar, incluso en uno de los cuentos una de las personas va en moto a ver lo que pasa.

En los demás cuentos aquí presentados nadie se plantea el problema de la creencia o no en las brujas. En cambio aquí la creencia en la luz es el tema dominante. Yo la he visto, yo no. Yo no la he visto.

Y según se deduce de estos cuentos, también, la luz o es mala o da miedo. Anuncia muerte en ocho de las diez historias presentadas. Sólo la persona que reza ante el muerto, que actúa según la moral cristiana se libra.

«Si no te convertirías en ceniza y yo me iría a descansar».

A Panchito (55) la luz le sale de su cigarrillo y le produce miedo. No está relacionado este cuento con la luz y la cruz.

«El humillo y la luz» (56) es el único cuento burlesco, irónico y no creyente de los aquí presentados. La luz no era tal, sino un humillo.

Y SE ACABO

Hoy, 7 de Junio de 1982 copio lo que escribía a mano el 29 de Enero del mismo año, lo que pasé a máquina por primera vez el 24 de Febrero, con las correcciones que hice desde esa fecha hasta el 5 de Abril. El trabajo a limpio lo he ido copiando muy lentamente porque por circunstancias personales me he sentido muy desganado, desbordado de trabajo y porque no me acababan de satisfacer los comentarios. Si un problema es la improvisación, otro no menos grande es el perfeccionismo, así que ya lo dejo. Ahí va lo que escribí por primera vez el 29 de Enero.

«Espero no tener que retocar más los cuentos. Aún me quedan por copiar todos los comentarios a máquina, —20 folios por los dos lados en letra pequeña—, sacar el grano de la paja, y darlo al público con la esperanza de que cuenten más las historias y que éstas se enriquezcan, se transmitan, se aprecien, pero no se mitifiquen ni se conviertan estos cuentos y su tierra en paraíso de pirados, parasicólogos o paramierdas.

Llevo más de un año trabajando o pensando muchas, muchas horas en ellos. Cinco redacciones reales, las mentales ni se saben, han sufrido los cuentos; cada vez buscando más la densidad y la sencillez. Si logré algo bueno, ahí está. Si no con tal de que los lean, me den palos, y lo hagan mejor, me conformo.

Aun así estoy contento. Es una tontería, uno se contenta con nada. Casi año y medio trabajando bastantes horas en esto y sin embargo no he hecho ninguna casa, no he recogido ningún tomate, no he fabricado nada. ¿Qué hago? ¿Me los como?

Yo no sé si sirven para algo, de verdad, pero mi intención ha sido trabajarlos con cariño, ha sido devolverle algo a una tierra y a una gente con la que me he sentido a gusto, a la que he amado y con la que me he identificado en muchos aspectos.

Ya sé que no sólo de pan vive el hombre. También de ilusiones, de sueños.

Si esto vale para que alguno sueñe alguna vez despierto, sea feliz por un momento, mi trabajo, al fin y al cabo, no habrá sido tan malo.

Puigcerdá 7 de Junio de 1982

ESTO NO ES UN CUENTO, SINO UNA HISTORIA REAL

Yo no creo en las brujas, ya lo he dicho varias veces; pero voy a contarles lo que me pasó una noche en que me quedé a pescar con un grupo de amigos en el Puertito.

Bebimos mucho ron y pescamos... una cogorza acojonante.

Por la mañana un resacón del carajo.

Me despertó el día y me quedé bobo viendo amanecer sobre el mar, viendo los colores de las nubes y el brillo y la calma de un mar de aceite.

Me entraron ganas de cagar y fui a una cueva, al lado del mar, para seguir contemplando esos amaneceres que reconcilian al hombre con la naturaleza y que hacen que, al menos en ese momento, se sienta libre y puro.

Me había echado una manta al hombro porque hacía sereno.

No llevaba papel, no hacía falta. Luego me daría un baño temprano, me limpiaría con agua salada y mi cuerpo se sentiría perfecto y relajado, eliminando con este completo despertar los efectos de la parranda.

Después me volvería a dormir, a tener sueños pacíficos y tranquilos hasta que el sol me diera en la cara.

Iba caminando con esas intenciones hacia la cueva cuando de repente me encontré con la mujer más bella que he visto nunca. Estaba desnuda. Y contemplé su cuerpo perfecto, las carnes prietas, la piel morena y suave y apetecible al tacto, un culo como yo no había soñado nunca, unas caderas perfectas en las que poder descansar, y unas tetas grandes y fuertes, tersas.

Y luego los brazos y las manos. No eran brazos de mujer fina, ni delicada, ni tonta, como esos que estamos hartos de ver, hartos de que nos pinten.

Y su cara era perfecta, ovalada, con pómulos salientes, labios dibujados, nariz partida, cejas menudas y negras, y unos ojos que describir no podría. Sólo sé que las niñas de sus ojos eran tan grandes y tan negras que al mirarlas se reflejaba en ellas mi cara como si fuera de tamaño natural y parecía que se fueran a derramar por fuera de sus pupilas; de las que sólo se percibía un hilito dorado, más dorado cuanto más claro se iba haciendo el día.

Es cierto que al ver a aquella mujer no me acordé de todos los cuentos de brujas que sabía, ni de los meses que estuve trabajando en ellos; porque en aquellos momentos, aquella mujer me miraba y me sonreía.

Después me dijo con voz que no logro olvidar: ¿Por qué no me dejas la manta?

Y yo se la di.

Y ella me dijo: Vete, y no se lo digas a nadie.

Volví a mirarla ya con mi manta trapera de infinitos colores sobre su cuerpo desnudo y la cara me parecía cada vez más bella.

Entonces me salieron estas palabras de la boca, que todavía no sé lo que significan exactamente. Me brotaron sin yo quererlo, y aún las recuerdo.

Aspiro a la belleza
Rondeo por tus ojos
Me buscan tus ensueños
Ignoro lo que quieres
No sé por qué tu pelo
Deseo de tus labios

Aspiro a tu belleza

Me sonrió otra vez y me fui.

Me tiré al agua para acabar de despertarme, para saber a ciencia cierta si aquello era real o ficticio.

Tuve que contar después que me había caído al agua con la manta, que se me había perdido, que la veía hundirse sin poder moverme en aquel mar tan bello que iba pasando al azul y que entonces, un grupo de juguetones delfines pasó por allí, se cubrió con ella y se la llevó.

Me dijeron que si estaba loco, que si todavía me duraba la borrachera, y yo no respondí nada. Pero ellos supieron que había perdido la manta, que ya yo no la tenía. Y luego les dije sonriente: Se la di a la mujer más bella del mundo.

Pero no me creyeron y se echaron a reír.

Como en los cuentos de la bruja desnuda y del majorero que le tira la chaqueta, todavía la estoy esperando y la esperaré siempre para volver a tocar mi manta enriquecida por el contacto con su cuerpo. Y no espero más beneficio de esta bruja que el que ella me acoja en sus brazos. Yo no soy agricultor, ni tengo tierras, ni problemas económicos. Soy profesor y voy tirando.

Pero esta fría noche del 22 de Enero de 1982, en Puigcerdá, no aguanto más y tengo que contarlo, tengo que escribirselo a ustedes.

Yo no sé si los cuentos de la chaqueta que ustedes han leído anteriormente son o no verdad; si lo son yo me veré privado de los beneficios que aquellas personas, como buena gente que eran, obtuvieron. Pero yo no hice como ellos. Yo no tenía chaqueta. Yo la miré. Yo no le di la chaqueta, ella me pidió la manta.

Y además yo creo que a mí ya me pagó, que mi vida a partir de aquel día tiene sentido. Comprendí de repente lo que era la belleza. Sé ahora lo que es el deseo continuo. Y entendí la necesidad y el placer de vivir para contarlo.

Y se lo cuento a ustedes esta noche sentado a mi mesa, sabiendo que afuera hace mucho frío, que las montañas están nevadas, porque no puedo menos que evocar, que soñar, aquel cuerpo caliente, aquella mirada que percibí unos instantes y que se me ha hecho eterna.

INDICE

Mapa de Fuerteventura con topónimos registrados en los cuentos de bruja que aquí aparecen.....	8
<i>Qué noble motivo tienes ahora, anciano</i> , M. Almeida.....	9
Introducción.....	11

CUENTOS

CUENTO TOTAL.....	17
El marido desconfiado (a).....	19
El marido desconfiado (b).....	21
El marido desconfiado (c).....	22
El marido desconfiado (d).....	23
El marido desconfiado (e).....	24
DE VUELOS.....	25
La chaqueta sin manga (a).....	27
La chaqueta sin manga (b).....	28
Un favor a una bruja.....	29
La mujer en la gallanía.....	30
Dicen que recuperó la tierra.....	31
El majorero. La chaqueta. La bruja.....	32
Las brujas de Brasil.....	33
Viaje fantástico de La Caldereta a Morro Jable.....	34
El camello en la montaña de Tindaya.....	35
DE TRANSFORMACIONES.....	37
El muerdo en la oreja.....	39
La gavia y las burras.....	40
La trilla y el baile.....	41
El hombre que estaba cabalgando sobre su novia.....	42
El novio y la burra.....	43

Un afeitado en el aire.....	44
Las burras de piedra (a).....	45
Las burras de piedra (b).....	46
La oreja del cochino.....	47
El hombre que no creía en las brujas.....	48
El hombre que tenía una novia bruja.....	49
BRUJAS/CRISTIANISMO.....	51
La cruz. El cuchillo. La bruja (a).....	53
La cruz. El cuchillo. La bruja (b).....	54
La cruz. El cuchillo. La bruja (c).....	55
La cruz. El cuchillo. La bruja (d).....	56
La cruz. El cuchillo. La bruja (e).....	57
Las brujas mendigas.....	58
Las brujas y el sacristán.....	59
PRESENCIA DE LAS BRUJAS: AYUDA, BURLA, MIEDO.....	61
La mujer preñada.....	63
El coche que ardía.....	64
La burla de las brujas.....	65
Los bailadores encantados.....	66
El viaje de Falero.....	67
El engaño de las brujas.....	68
El cura y las brujas.....	69
Y también tengo dientitos.....	70
Somos pequeños, pero tenemos las paletas grandes y mordemos.....	71
Una vez iban las brujas por el mundo.....	72
El hombre que no podía salir del barranco.....	73
La mujer que amanecía con cardenales.....	74
Las asaduras del camello.....	75
Los gatos que llamaban a la puerta.....	76
LA LUZ DE MAFASCA.....	77
La luz de Mafasca (a).....	79
La luz y los estornudos del ovejo (b).....	80
La luz Mafasca (c).....	81
La luz Mafasca (d).....	83
Dicen que si existe o no.....	84
La luz y el niño.....	85
La luz y el señor Ezequiel.....	86
La luz en la cruz.....	87
Y Panchito que no lo encontraba.....	88
El humillo y la luz.....	89
¿Adónde la virtud de tus días juveniles?, M. Almeida.....	91

COMENTARIOS

Características de los cuentos de bruja de Fuerteventura	95
¿Son prehispánicos los cuentos de bruja majoreros?	99
Cuento total: El marido desconfiado	102
Vuelos	106
Transformaciones	109
Brujas/Cristianismo	116
Presencia de las brujas: ayuda, burla, miedo	124
La luz de Mafasca	131
Y se acabó	133
ESTO NO ES UN CUENTO, SINO UNA HISTORIA REAL	135

